

Poemas inéditos
de Jesús Sanoja Hernández
(Esbozo)

(Muestra levantada por Camila Pulgar Machado
y María Eugenia Villalba de Sanoja, Caracas, 2009)

Índice

Prólogo

Introducción (Camila Pulgar Machado)

I. *Por vivido:*

¿Por qué?

Temblor

El índice

El que lamenta

Zeta

Animal

Ella

Errores

Allí

Acoso

Fue

Entreacto

Diez instrumentos

Marina

Marina II

Marina III

La llegada

Pastor bonus

Ingleses

Nocturna

Uña

Esas palabras, tales labios

Ciego

Materia

Fascinación

Una prisión

Mar lovera

Amontonado

Salvación

II. *Errores:*

Al borde

Esbozo

Desespero

Taza, con miedo y sucia

Feliz viaje

Aquel bosque, aquel lago

El ojo bárbaro
El inexperto
Partes tensas

III. Poemas publicados en *Cruz del Sur*:

Y la inmensa claridad
Pero colmado el espacio, oh gloriosa división

IV. Poemas publicados en *Tabla Redonda* [por digitalizar]

La coronación y el alzamiento
Alcor extiende su imperio
La cita con la mujer fragante
La fuga del rey, la alegría
Mientras venía la estación
El nuevo régimen es parte de la historia

V. Otros poemas:

Despertar
Autorretrato
Trácala
Hermoso lugar
Realidad
Mal sueño
Instante
Guerrilleros
Otra vuelta
Donde el Orinoco cruza
Unido a la victoria
Caminando por la calle tres
Fui en el mar, antaño
Nada
Mantengo espera
Caída en la sangre
Retorno al pueblo
Ahora o antes: el agua siempre
Apocalipsis pagano
Los campos sin amor
Entrada a la ciudad

VI. Poemas sin identificar:

Marina

Hastío

Fue el más largo de todos

Tengo que escribir así

Batalla que yo gano

En compañía del girasol

Todavía escapa

El hombre y su recorrido

Sitio de la sangre

También el hombre es un crucigrama

Juego limpio, corazón

[sin título] Cada cambio ennegrece el espíritu y es mentira

[sin título] Hacia la plaza que luce un fulgor de multitud disuelta

Los ríos

[sin título] Deposita en la escudilla el arroz sagrado. Grano a grano

[sin título] Hasta esa altura que es la suya

[sin título] En estos años posteriores al esquema, más suaves que aquella edad

[sin título] Hacia la plaza que luce un fulgor de multitud disuelta

[sin título] Hacia la plaza que luce el fulgor desusado

[sin título] Allá, en aquel cuaderno, una letra abierta llama

Segundo discurso

[sin título] Caminé, tiempo atrás, entre pescados y crucifijos

[sin título] Ven, sitúa tu beso en mi tetilla izquierda

Los lazos terrenales

Como un hombre en su justa tierra

Naufragio en el mediodía

[sin título] Siento su corazón en Canadá, rodeado de madera y nieve, corazón

I

Por vivido

Poemas hallados en los papeles de Jesús Sanoja Hernández. Ordenados según el índice del poemario *Por vivido* de Juan Crisóstomo Ruiz (presumible seudónimo). El primer poema “¿Por qué?”, pertenece a *La mágica enfermedad*. Los poemas “Fue”, “Diez instrumentos”, “La llegada” y “Pastor bonus” no fueron hallados. Las palabras marcadas en subrayado deben ser revisadas, algunas corregidas. Cuatro poemas: “Temblor”, “Esa palabra, tales labios”, “Uña” y “Salvación” fueron publicados en el Cuerpo B de *El Nacional* en el mes de febrero de 1970.

Índice

¿Por qué?
Temblor
El índice
El que lamenta
Zeta
Animal
Ella
Errores
Allí
Acoso
Fue
Entreacto
Diez instrumentos
Marina
Marina II
Marina III
La llegada
Pastor bonus
Ingleses
Nocturna
Uña
Esas palabras, tales labios
Ciego
Materia
Fascinación
Una prisión
Mar lovera
Amontonado
Salvación

¿Por qué?

De *La mágica enfermedad*, segundo poema

Temblor

Disfruto, una vez salido del marco de la ventana,
diferentes posiciones del espíritu,
en cuclillas cuando me faltan los cristales,
de pie al tratar de fijar la hondura en los cielos,
y envuelto, trazando curvas ascendentes de tornillo,
en el minuto en que me llaman y me sorprendo.

Ya voy. Ya estoy yendo. El zapato va delante
y el pensamiento se retrasa con bruma sediciosa,
sigue el otro pie y me alambra, me punza y doma,
entro en atmósfera rítmica de altitudes y filtraciones,
y los ojos atando cabos, de allá hasta la zaga.

Camino poco a poco hacia atrás, ladeando la cabeza
hacia el libro que ahora cierro. La tijera muerde
y se une en sus dos hojas, me junto, aprieto, consolido
y es como miedo, único, el centro de existir.

El índice

Ese canto de alabanza que estaba leyendo
distráidamente, y ese mar que en las páginas
resonaba con los ecos de aquel hombre
entre una ola y otra de la duda,
me trajeron aquí y me colocaron
con violencia en la punta del índice derecho
que es quien en mí escribe, mi tirano.
Tiritiembla con gorjeos y se ahoja
toda la tecla misteriosamente forjadora de palabras,
y retorna al himno con desgaste del oído,
y se anuda el impulso con otro de la izquierda.

Dale y dale con furia, esta vez con amor solo
y más tarde lanzándome a la aventura. Sin interés.

Veo esa visión en el momento en que hago maravillas
con mi dedo.

El que lamenta

Blanco dentro de blanco con un concepto blanco
sobre mi sombra,
vacilo ante la acción, puerta que no acaba,
abanico abriéndose a lo largo de mí mismo,
fanáticamente yo dentro de un clavo.

La garganta se parte en dos, quien nombró guillotina
en la casa mía, si parezco desprendido
y rueda mi cabeza por abismos de soledad.

Los creyentes a montones mueven sus caballos de Apure
y juzgan meteoros, sabios de Golfo Triste,
expertos en Cubagua, poderosos señores de la orquídea.
Pero este llanto, pero este ningún año, pero este diente.

Haría falta engomarme, pegarme a la pared
como una loca pintura sin dueño, y estar afuera
estando aquí.

Zeta

En zeta turulata, mediando el verde pálido y la ceniza,
marqué los cuatro puntos del dado.
Era el apetito, el diestro manejo de los juegos.

Más ingenioso, sobre el papel puse la cruz con el uno abajo
y saltaron magias, ocho onzas de dolor.
La piedra preciosa se plantó enfrente
y vi su más allá de centauro, bandera de voluntad
que ardió en Santa Inés, pesca de los tiempos.

El bar se metió en paralelas, yo en rencores,
todo el astro hizo figura de armonía.

En alguna parte habrá el atormentado
por lo no igual y lo imposible, errando el tiro
contra el universo secreto, oscuro como el cinco.

Animal

La culebra que se instala en el alma
es una condición armada. Con un cuerno
puede ser encantada, y dorada entonces,
entrar a las ciudades.

En predios del sueño aparece con ojos bordados
de materia espumosa, especialmente dañada
para el ruido, brillante entre las islas.
Nace y se reproduce con vivacidad culpable
y mortifica los cuerpos que yacen, superficie
a la que puede forzar con cuchillitos, Diosa.

Algún día, jueves por ejemplo, vigilante bajo el samán,
es el deseo de sabia mujer con sus cominos,
y otro día, la ansiosa de aceite, y otra la lengua
de una ninfa, y el domingo platea como ave delirante
y me abraza cuando siento décimo caduco, un filo.

Esa culebra que engaña, pone mis dientes hacia afuera
y me condena en el anhelo de no saber, muy pálido,
arrancar los objetos que me cercan.

Esa culebra filtra mis dolencias.

Ella

Es porque aquélla no apiada como ésta, en tac
místico de la contemplación.

Es porque aquí saca la medalla y la pone a lidia
para que madure.

Es porque sabe a ángel, mañana de cada confín
y cavidad de pasiones disfrazadas.

Es porque costea por mis velocidades, y envenena,
y porque fluye con maldad, y se encesta
como un gato ocioso, como una gata profunda.

Es porque macera ineptitudes, y porque encebolla,
y porque flota donde piensan los amigos.

Es porque se parece a mi vicio y se engrincha
petulante. Es porque mesa, piedra, papel,
y porque me da por muerto. Por comido. Por vivido.

A mí que soy aquella cosa y por ahí
y desde antaño. Su bata de teólogo
y mucho de lo que pugna por ser aprendizaje de palabras.

Suerte le deseo a ella, a mí mismo,
a memoria, a recuerdo, a juntura, a mal parto,
porque ambos vamos en interminable galería
a sacar misterios del espejo, para volver
a la grieta y a los extractos de la nada.

Errores

Querer serlo ahora ya no vale,
pues más obstina octubre vivo con su lengua, y más arruina,
que el mes pasado con su herida. Y estorba
nombrar lo que ya fue cuando será
una hora mal buscada, y lo que será cuando ya fue
excelencia del recreo, y lo que es
cuando el fondo permutado desvanece, y el no más
cuandonomenos.

Gracioso, así cualquier río es Orinoco,
pero principia de una vez y anda y camina,
o levanta privilegios en esas zonas tan livianas.

Cada vez es lo que vigila, lo que quita sueña,
cada sorbo y todavía sed, cada vino, cada esponja.

Borracho, así algún otro diría mañana sí,
pero forma ejército donde no hay siquiera campo de batalla,
o transparenta, o luce cavaduras en la prisión recta.
Eso te daría esperma, te quemaría hondo.

Ser héroe con más motivos, sin más amparo.

Registrar la escritura sin pedir perdón.
Progresar contra la corriente, insaciarse en el antojo.

Allí

Examino con lujo música que rodean
y en ese mismo hueco aparece la verdad. Allí.
Y desarrollo el eje que me separa de lo audible
cuando se filtra una impresión de hoja. Allí.

Allí la inspiración, trago a trago,
del mismo modo que un caballo
cuando tira la cabeza hacia ondas temporales. Allí
cuerpos de jinetes que sangran, yerbas, lodazales.

Como por embudo se ahonda el vislumbre
y queda reverberando, y ahúma, y agota
la muerte pulsante, en cuerda sin estribos. Allí.

De las palabras, allí es la tercera
que me ofrece vasto escenario. Es oleaje de la trama.

Acoso

Esos gestos me hacen turbio, chocó con el mezquino
cuando así levantas el día, casi demencia
en vez de agua obediente en el motor divino.
No des más cera a mi nariz, ten piedad
de la caverna que adentro respira, sílaba larga,
espina atravesada, y de la lujuria majada en tiras
que viene con la serpiente cerro arriba, que pega
al pez solo y se coloca en la punta como belfo de lo cruel.

Calla, no empujes mi alma hacia el teléfono,
por una vez déjame amor adherido a mi pimienta,
grasa luz de la recta, acción de ceñirme al pico
y ser entonces viva podredumbre de un refugio.

Por favor, cánsame de la paz de otra boca.

Fue

(No hallado)

Entreacto

El despojo es título de la comprensión que oscurece.
Un alambre desvía la conciencia hacia el enigma.
Toda mujer jura por su amor bajo influencia de la luna.
El hombre moderno es un sobrenombre de la inmortalidad.
La cabeza del clavo, como un César, concentra los furiosos.
Colgar de un perfume es una especie caprichosa de la constelación.
El giro de las palabras es un cabeceo de Dios.
Engaño, tu planta se llama la verdad.
La osa menor, juego olímpico del cielo.
Nadie más obligado a amar que yo.
Cuando los historiadores te estudien, no solo, sino también, Poesía.
Ateoras bellezas en el cuarto de las metáforas.
Habituaba las aguas y era hombre de la tierra.
La venganza, esa forma del acaso.
Quien fornicaba lleva algo que lo exalta.
El octavo pecado, cometer música en la poesía.
Lo increado es la forma pura.
Toda imperfección es un puente que conduce al conocimiento.
Lo que no tiene olor, huele a infinitud.
Abrir un libro, no tan malo como amarlo.
¿Por qué la invención? Por la costumbre.
Lo interior representa una ondulación de lo externo.
Restaurar, si ya el tiempo ha borrado deshonra de la mano.
Atención, que está alerta.
Si es preciso odiar, hágase el amor.
La Tierra está cubierta por esa sustancia: hombre.
Balbuciente, entonces eres poesía.
Más desobediente que Adán, la palabra.
El tiempo es la dentición de los filósofos.
El que rechaza los desastres jamás gozará de la victoria.
Punto a pasiones, los sentidos son posteriores al goce.

Diez instrumentos

(No hallado)

Marina

Lo imaginario está del otro lado
con una ciudad muerta en promontorios.

Magníficamente la planta olorosa urge los oros
que vagan entre atletas y mujeres
y se zambullen en lagunas y naranjas, no más lejos.

De este lado un general y un escudo, el añil
como repentino despojo, la flama encima de la cosa,
y barbas funerales, recobros de los hornos.

Tan azul de antemano, tan almendra, tan claro
vestido de horizontes, he allí armas teñidas
sobre un país de flores, sobre cajas sin solidez,
como crueldad de incendio y gasto de las naves.

Todo el fondo es manzana, perfume, hoja de tiempo
que cae más que nunca en vapores y presagios.

El centro, puerta que se abre hacia la cantidad,
llora números y el color estalla en su peligro.

Los mástiles rozan el cielo y ya es
la pesadumbre.

Marina II

Lo fabuloso está del otro lado
como enlace con las nieblas más cargadas,
columnas en un foco de la dicha.
Sus árboles sin rama, sus toros en las copas de sol
y en aquella herida del espacio
una vastedad sin afrenta, fondo del mismo estar.

Los mástiles allá tocan cielo
y en efecto son duda, perpetuo movimiento.

Aquí sin embargo este contagio temporal
con sus vilezas, sus objetos mudables, sus desvíos.

Aquí la cosa sin velo, descarnada,
el semillero material, el odio sin linaje.
La visión del placer y los torturados y el robo
y la pastosa esperanza de los cambios.
Aquí el exceso en las pasiones.

Lo real de hora a hora, en residuos,
entrando en la memoria con ineludible percepción,
huesos razonables, pactos, miseria de dos velas
en el océano de la fuerza, en la categoría del hechizo.

Esta hartura de materia que nada posterga
y que opera en uno con delicioso signo de cuerpo.
Este goce, este privilegio de testigo.

Marina III

Al otro lado está la víctima de cebras y relances,
lo neto, lo decible con orgullo, el pez desconocido.

De acá puede verse la rapidez del polvo
como si estallase un despego de colores.

La fricción de plantas y el destello de objetos
por mucho tiempo sostenido en gravedad.

Los turpiales con silbidos que dan vueltas,
las túnicas, las tiendas de tejidos áureos.

Un edificio de espuma penetrado por los ángulos,
y son artes llovedizas, juncos verdemares.

Los girasoles como octava maravilla, los moluscos
trepando en la mañana por labios y palacios.

Las sombras, Calímaco, una gastada lámpara
y una mujer abierta y los vellos con ritmo y esplendor.

Una cabra con varios hijos, los veloces caballeros
con plumas, instrumentos mágicos, raíces, aceitunas.

Los aceites de ciudades suspendidas, el proceso
de un entierro en lo más alto, el eco de lo eterno.

Y una bandada aleteante que deja espesa sonoridad
en oleajes de guerra y reflejos de virtuosa llamarada.

La llegada

(No hallado)

Pastor bonus

(No hallado)

Ingleses

Los ingleses en Súa-Súa mataron un gallo,
en Súa-Súa pegaron gritos en los morichales,
los ingleses bailaron y se pusieron pálidos
cuando el relámpago de El Dorado soltó su fiera.

Eran malos, malos eran. Peores que el cometa
y que el hombre descubierto entre hojas encarnadas.
Con los fusiles engrasados tendieron un cerco
y en el campo raso hubo adornos de martirio.

Desde la casa reses del espíritu con la marca,
bajo la casa los groselleros de doble juego.

El heresiarca, comiendo frutas secas,
lanzó sus rayos, sus enjambres, sus bastones,
y los ingleses, con claveles de obediencia,
se hincaron en la pastura tan sufrible:

Señor, dadnos para siempre estos hechizos.

Nocturna

Sin saber cómo amables jóvenes oyen los cánticos:
el brillo no es ávido en esa luz que se arracima
y va echando cascabeles hacia la puerta principal.

En el interior, con vuelos, sacúdase ave sagitaria.
Laude de salamandra, el jazz desciende por las piernas
y sube otra vez como piedra preciosa disuelta, amarga,
y al fin limpia los deseos, sacándose los dedos.
y poniéndolos en cuello y alumbrándolos de dardos.

Se claman, se apaciguan, se rompen, se abren,
se sacuden, tiran sus caballos a lo largo, se ceban,
se empinan para oírse, se meten cuchillos en las nalgas,
se cubren de castañas en medio de agudos animales,
se entrampan, se enlenguan, se ensalivan, se destierran,
en el aire saltan, en el depósito se agobian,
y este pedernal labra colores para noche tan borracha
y esta gota se destila hasta el encima más oliente
y esta cigarra se cubre de aromas y esta noche imanta,
tan borracha.

Uña

La uña morada por el golpe
mete sus latidos hasta lo último
y se ennegrece entonces mi carácter.
Creíame en reposo sobre las violencias de la tierra,
quieto en el orden de los días.

Y una sola uña me desencueva
tomando conciencia de mi azar, situándome
en la súplica.

Voraz ser el que termina en uña.

Esa palabra, tales labios

La palabra se mustia en los labios
y anda rondando el universo en un tejido
de abejas amorosamente equilibrista, y danza,
y también se echa con tristeza en los campos
después de tanto recreo, de tantos saltos animales.

Hay un ajado deseo de sostenerse en ella
y los labios emprenden la hazaña,
héles aquí abriéndose en sus convites de razón,
en su idéntico remo, en su materia desigual,
sensualmente asustados como ruptura de vulva de sueños.
Hélos en su resina, respondiendo al aire
e inflándose de misterio, doblados y en forma quebrantada,
casa de las pasiones que a pesar de viejas sollozan y enloquecen.

Gota a gota retrocede de esos labios
y se acuesta en el tiempo gris, en el atrás de sosiego,
y allí resuena al poco rato, tigre de su raza
y desgarramiento y picadura.
Sale de lo hueco y toma fruto en su lengua
y deshace lo íntimo y trata con lujuria tales labios:
toda la expiación en su yerro, todo el jadeo retrasado,
los instintos que se cortan cuando son dos a la vez,
la huella demasiado pronta de la duda,
la curación y el sí del mar, el destierro con su no,
todo lo anotado, todo en esa palabra
cuando yace delante, larga duración de tales labios.

La palabra y sus enemigos que se mueven,
superior e inferior de los alientos,
prólogos de besos unidos a la muerte,
usaron antes sabores del silencio y son espectros
de lo que huye en mí tan tercamente.

Ciego

Cayó con ceguera sobre un afilado cruce
y así en el alma le saltaba una niebla.
Entre escamas los pescadores lo miraban:
él casi lloraba viéndose en otro barco.

Un paso en aquella tierra, cómo ardía, se sintió molesto sin su sal, sin sus óleos:
Puerto Cabello a esta hora sacaba su luz
y ángeles volaban por sus cielos. Y los ojos.

Materia

Cuando llega a luz
encuentra que allí titila hoja de razón,
pues suena a águila sin pluma, a yema de dolor.

Goza los Andes en la sombra, esa soledad
es de antaño, y espiga lejos de lo informe.
Pasa al signo, de lago a río tendida
y atravesada en cualquier parte por los rayos.

Está aquí, está allá. Hermosa. Turbia.
Para tocarla me falta yodo. Y no es todo
en su materia que pregunta.

Junto al salón de cadáveres, seducida por el aro
alza sus orejas. Es una animala, una esencia lúcida,
y alborota los pelos con pasión.

La observo y para cuándo me pospongo.
Fenómeno general de los culpables,
ella acusa,
ella lleva,
el norme hospicio donde, enfermos, hallaremos Sol.

Fascinación

Hubo quien dijo qué mala lluvia
bajo la permanente cola del paraíso
y cuánta planta luminosa al pie del número
y cuántas hembras con expresión lujuriosa
y cuánto objeto produciendo fuego.

Hubo quien obedeció metiéndose en la campana
para esperar los gritos de amor. Y quien puso la escalera
hacia lo más alto que el hombre sueña,
luciendo vestidos de carácter
y con oreja abierta en carne, lo que ya parece seducción.

Hubo un teñido, un coloreado rostro,
y menos mal.
Pues tanta desnudez es como infecunda
y da a la claridad un tono mate.

Una prisión

Hongos. Rosas. Sondeos que lo penetran todo,
y en sol poniente agonizan mis hombres.
Gira la luz en oro, la guardia se estremece
con un palpito de motín en las entrañas.

Piedras. Más ardor. Revueltas de conciencia,
ahora pasa, ahora gime el pájaro en su celda.
A lomo, para después caer en aguas, hiriente,
Séneca eleva la voz inútilmente. Cárcel.

El derrame de la historia. Patria y su envoltura,
cien presos sin vislumbre en rapto,
castigados a sombras en esta región de centelleo.
Merma para el aire, mis hombres sacan con apremio
un pedazo en la mansión de la inmortalidad.

Séneca, en su segunda vértebra
hay un instante inmediato, ardor hasta la raíz.

Mar lovera

Desde lo alto los santos miran cazadores
la mar batida donde sin sentido flota amor.
Inundación de calores estremecen cada encuentro
de ola con ola, copioso suplicio en el que la muerte
va escalando espuma: al sesgo no se oye ni una queja,
ramo en silencio empinado, sujetándose a una estrella
mecánica que de golpe pasa a la boca, la soslaya,
tira de la lengua hasta su término, y nuevamente
sola en aquel soplo triste, en aquel fragmento,
en aquel añico de marea lila, engolfada en la piedad.

El ancla pesa en sus cadenas mientras la pierna
suelta un grito hosco y, melancólica, usa la rodilla
como instrumento de virtud. Más se azota el litoral
y en el recodo de un día inagotable aparece la figura,
su cabeza de yeso, su barriga emplumada, su virilidad sin capa
y aletea convulsiones antes de largarse dignamente.

Amontonado

Navío. Cuerdas. Cornerina. Trogon collaris.
Escardos. Septimuncia. Tracia. Mármora.
Atures. Incremento. Licina. Muy vario. Moriches.
Rotura. Frigancia eterna. César hablando. Sucre.
El que vuela. Esmero. Onda. Perfectismo. Escauro.
Ángeles. Tres por cinco. Ligera. Infinito número.
Torres. Trompetas. Saúl. Difunto. Eclipse. Tísico.
Misericordia. No sé qué dice. La provincia de Caracas.
Alejandro. Trama. Puerto de locura. Gallos. Maroma.
Transfigurable. Pálpito de verde. Sol poniente.
Brújula. Soldado, pájaro que gime. Carabina. Suicidio.
La acción de trascender. Escribano. Oloroso café.
Cierta isla. Ají. Deseo. Estrella. Mañana será.
Vasija. Dónde, por qué, no importa. El que acompaña.
Rueda de madera. Don José. Miembros yertos. Mercurio.

Salvación

Quédate ahí, pájaro, reventando de amor el cable
y lárgate lleno de gloria a la sexta parte,
y muérete, si quieres.

Pica mientras tanto cuanta flor deseas,
agitando tus alas en el número, subiéndote a lo alto,
quitando peso a lo simbólico.

Échate en el nido y desde encima
cubre el huevo que atesoras, mortal debilidad
donde músicas suenan sus saetas, donde fuga
pone llamas en el aire, redes a cautela.

Da vuelta allá arriba, mirando mi cabeza
kilómetros abajo, lanza investida de la tierra
sombra atrapada en propio cuerpo.

Luego desciende, muérete entonces si lo quieres,
y téjeme máquinas con tu araña silbadora.

Sálvame.

II Errores

Poemas hallados en una carpeta titulada a mano *Errores*, tachado un subtítulo “El que lamenta”; líneas abajo aparece la fecha: 1966-1967, finalmente, espacio abajo, aparece el nombre Jesús Sanoja Hernández en el centro. Casi todos parecieran pertenecer a la misma resma de papel. Los poemas “Errores” y “El que lamenta” se incluyen en *Por vivido*.

Agrupados por un clip, hay la siguiente colección de poemas:

“Al borde”
“Esbozo”
“Desespero”
“Taza, con miedo y sucia”
“Feliz viaje”
“Aquel bosque, aquel lago”

Luego, están otros poemas con sus copias, todo mecanografiado:

“El ojo bárbaro”
“El inexperto”
“Partes tensas”

Al borde

Va a morirse, mira cómo le suenan las orejas,
dice no más sol, dice por favor un poco de humedad,
habla del llano y de los cascotes, de Júpiter
y cometa que entre las nubes pasa como espada.

Sólo falta que sacudan amorosamente la cabeza
y allí estarán sus algodones.

Esbozo

Temblando

en el momento de asomar la cabeza
y atrapar en el aire el ramo del tiempo,
la antología y el cadáver.

Atado

a la lámpara de bulbo cristalino y al sol,
con palidez entre dos árboles, fijo como el rey
en la baraja o como huella digital en el cielo.

En arco

ya dispuesto para el disparo hacia la luna
y sintiendo gusano en la madriguera del ojo,
en compás, en número abierto y desparramado.

Contrario

a las leyes últimamente aprobadas en mi país,
los rituales, los consejos amistosos, la bastardía
que consiste en redoblar las rosas en plena pudrición.

Mitad sabueso y mitad héroe

que espía los fingimientos de espíritu,
delata las conspiraciones, sufre, no se esconde,
fulgura en el latido solitario de la evasión.

Soy

un rebelde sometido a la guerra de adentro
y empeñado a vivir a tumbos, con golpes, templándose
en la inestabilidad y la crítica,
en ese pulso fantástico de la existencia.

Desespero

Las pailas aceitunas. El estruendoso añil de las botijas.
El techo de afectada cuadratura. El despertar sobre un pedazo de tabla.
La calva de Lenin, esa imagen que lo deja sin corazón, pensando. La hoja espinosa al lado de los helechos. Las gavetas color castaña, semiabiertas, tirando de la cruz dorada. Los fotostatos de la invasión al mismo tiempo que abro la Guerra de la Galia, los bordes asaltados por los años, la página veintiocho, el lunes. El recetario seleccionado por mí, cubierta de mamey fulgurante, engrudo del Plan de Valencia donde el pez debe ir con salsa. El baúl, los mapas holandeses, el diván revuelto, le especia de araña venenosa, los vasos boca abajo, muertos, sin el calor de lo viviente. El nudo que oscila tras bajar la persiana, la mirada boba, su nociva tentativa de molestarme, mi retirada, el café que me llega a flor de desespero, el entusiasmo que me iba ganando al paso de las ideas sofocantes el robo en la red del pensamiento, la reproducción, papá amárrame los zapatos, el levantarse para que los otros hagan algo,

la manopla del mal en el vidrio del bien
en el olor a whisky en el aire que no se
mueve en la furia de la violencia de escribir
en la interrupción en el ala herida
en la máquina paralizada en el
momento
de atender.

Taza, con miedo y sucia

A la ventura por un pensamiento oscuro,
turbado por la ola que victima
en la cueva
y se extiende largo tiempo en la hendidura

Ejecutado, batido por las costumbres,
demasiado cauteloso después de los treinta,
jinete sobre un relámpago polvoriento del espíritu,
especie de insecto
zumbando en las Antillas, con poco ojo
y sombría decisión entre murallas.

Muy raro, con tabique aquí,
harto de un parentesco, egoísta en cruz
sobre una corta oportunidad de dalias,
retirado de la meta, tocando la carne que ya no es tierna,
lánguido como el sol sobre zapatos, cogido, trampeado
en cada goce,
vasija para los restos,
ataúd de mala calidad entre dos sillas.

Alerta ante los libros, ahí viene,
para allá se fue,
mirando de reojo y pateando las aceras.

Débilmente disperso, qué te pasa
y tú mismo siendo y no siendo, por más, por menos,
el que escudriña, el que palpa, el que tolera
más dilaciones

se espanta en su arranque de emboscada,
tiende a desmayar en un momento
al que se le ha sacado a lengua toda pulpa.

Usado,
pobre viejo,
doblegado con frecuencia por los sentidos,

engúllese, repliéguese, muélese sin resplandor
y se amontona a la orilla de la voracidad del alma.

Feliz viaje

Un viernes más alegre y cuando anunciaban feria
cintas rosáceas y jóvenes trepados en la alegría,
Caracas se encendió a grandes fogonazos
y Hamlet a las diez se paseó frente al mar.

Viajé al mediodía y todo se rezagaba
bajo blanca humedad. Con rapidez cambiaban de luces las acacias
y retrocedía fulgor en los espejos. Apenas llegaba el vuelo,
llegaba yo...

Sopló entonces brisa del norte
y no me disgusté: aquí lo fresco, allá la penumbra
con fósforo alunado que suena según Hamlet
mude de sitio
en su alto mirador de sombras.

Sopló más, me introduje en apagado recuerdo
mientras matas amarillas se inclinaban, reverentes,
ante el destino:
fueron humos y colores imprecisos
y hube de elevar los ojos lentamente, cuántos así
no habrán buscado, cuántos al secreto
y nada más nubes y nada más horizontes
que echan chispazos por los bordes y luego
terrible quietud semejante a mi conciencia.

Los puertos de río invariablemente me traen
tan sosiego.

Aquel bosque, aquel lago

Ya exiliado me fui al bosque y en rutas circulares
rodeé lagos, hice juegos saltarines al pie de Don Quijote,
puse serpientes en el cuadrado de sombras, juzgué el concurso
de las gentes, torcí rumbos hacia lugares más escondidos
o encendí fuegos en la mitad de la yerba, atacando la tristeza
con varas marinas, engarces, planos de laureles,
instrumentos de plata sustraídos en la ciudad del aire.

Me iba devorando parte a parte, un poco de odio
en cada diente, un poco de trastorno en cada idea,
y más me envenené cuando vi aquel beso contra la Victoria,
más corruptor se tornó el viento en la zarza del designio.

Retroceso. Ni un paso más sobre aquellas raíces
que despedían colores de cinco objetos y multiplicaban
el impulso de un sol sobresalido.

En escenas después lo que yo anhelaba entre las matas,
un arma de combate llamada puerta trasera, una sucesión
de lo dicho, ejecutado, sacado violentamente,
en seguida, antes, en la parte peligrosa, a mitades,
muy delicado, en la inmensidad, junto, solo,
partidario, opuesto, ensartado a la altura del cielo,
fijo en la jaula, plegado al cambio, poco a poco,
rápido, con sosiego, justamente como un cazador de mariposas
que a su debido tiempo descansa bajo un árbol.

Aquel bosque donde pude recobrarne. Aquel olor.

El ojo bárbaro

Con un ojo en las Tres Rosas, esta vez saltando,
abrí el sol de un solo golpe, unipárpado,
gastando cristal ante aquel topacio de Brasil, todas las piedras
metidas sin ruido en mi alma. Con ojo.

Barrabás mostró el diamante, el verde claro
junto a los loros muertos, el limón sonoro
en medio de la fiesta. Huevo de perdiz
donde había destello, pozo del temblor de flores.

Su brillo en mi ojo resulta opaco
sintiéndome iguana entre las hojas. Su espada.

Barrabás alzó el brazo, de estos hay muchos allá,
y mi ojo y el otro y el tercero bailaban entre los vasos
y en el caballo famoso él se fue, ese diente de oro
como queriendo comerse la plata de la tarde,
y los grandes zarcillos de la mujer, tarareando en las orejas
música de diablos, y la crispadura en mí
volviéndome ojo toda la carne que lloraba.

El inexperto

En la chalana fui como araña en medio del cielo.
me cargué de tubos y alambres, mantuve mis ojos
sobre el territorio, hoguera silvestre, y en la orilla las mujeres lavaban, sus
cabezas eran dobles,
su movimiento de borrachos lanzados en el sueño,
sus vestidos escarlatas, sus vellocinos entre los pechos.

Las guayas resplandecían contra el agua, mi aflicción
venía de El Dorado, y la tierra se tambaleaba
y parecía una colina brillando en el fondo de la memoria.
Dos hombres con tetillas violetas y pómulos de luz.

Adiós, río, impericia del alma.

Miré arriba, turbulento gavián con su culebra,
miré hacia un lado, espeso bejucal del tiempo,
miré hacia otra parte, inutilidad de robar sólo lujos,
miré nuevamente aguas, anublado, seco, con filo de locura
e insaciable ofensiva de grumete.

Faltaba todavía la riña con la vida.

Partes tensas

Todavía la sombra no rueda sobre el tiempo
con esa saña nada dorada del desvelo.
Unos días más y todo será posible,
taciturna fiesta de lo que va cayendo sin deleite.

Por ahora concédase a mi tierra
menos árboles, más prodigio de vivir en la llanura
tocada por el sol y vibrando en magias de mediodía.

No quiero ser el alborotado yo crepuscular,
el que abra la puerta cuando la casa ya muera
en su hábito de amor, en la paciencia de lo oscuro.

Una furia en el monte que me una a lo fúlgido
y me ponga a brillar en los platanales, como antes,
como en aquellas ondas que se enriquecían en animales
y envolvían con prodigio los proyectiles del Ser.

Una anchura bélica, eso quiero: crecer
antes de agobiarme en pérdidas, y saltar a lo lejos
nostálgico, estrella de la mañana donde olas de oro
nutrieron mi gloriosa infancia.

No ir en desbalance por partes de tensión.
Gozar al instante en su pájara de color.

Tener mi éter en el patio y sentir la ebriedad
de mi descubrimiento, planeta que existe en carne
y no necesita del Dios que lo engendró en el pasado.

La llama que esplende en triple figura, inmediata,
cosquilleante, atesorando el aliento de existir.

[Primera versión hallada, el título está escrito a mano]

Partes tensas

Todavía la sombra no rueda sobre el tiempo
con esa saña nada dorada del desvelo.
Unos días más y todo será posible,
taciturna fiesta de lo que va cayendo sin deleite.

Por ahora concédase a mi tierra
menos árboles, más prodigio de vivir en la llanura
tocada por el sol y vibrando en magias de mediodía.

No quiero ser el alborotado yo crepuscular,
el que abra la puerta cuando la casa ya muera
en su gas de amor, en su paciencia de oscuros.

Una furia en el monte que me una a lo fúlgido
y me ponga a brillar en los platanales, como antes,
aquellas ondas, aquellos animales que envolvían
en prodigios los proyectiles del Ser.

Una anchura bélica, eso quiero: crecer
antes de agobiarme en pérdidas, y saltar a lo lejos
nostálgico, estrella de la mañana donde olas de oro
nutrieron ágatas de infancia, piedras
raras
metidas en el álbum de la gloria.

No ir en desbalance por partes de tensión.
Gozar al instante en su pájara de olor.

Tener mi éter en el patio para retornar a la ebriedad
del descubrimiento, pues hubo planeta que fue carne
y desde y para siempre voló entre anillos
sin el Dios que lo mirara en el pasado.

La llama que esplende en triple figura, inmediata,
cosquilleante, atesorando el aliento de existir.

[Segunda versión, el título está escrito en máquina de escribir]

III

Poemas publicados en *Cruz del Sur*

Y la inmensa claridad
Pero colmado el espacio, oh gloriosa división

[Nota de la revista a este poema:

“El joven poeta Jesús Sanoja Hernández rompe ahora un silencio de casi 7 años. En efecto, desde 1951 no publicaba poesía, con una sola fugaz excepción, a fines de 1957, cuando regresa del exilio. Sanoja Hernández es también un conocido periodista, especialista en cuestiones económicas. La Universidad Autónoma de México premió su trabajo sobre la Revolución Industrial en concurso efectuado con motivo de xxv aniversario de la facultad de Economía. Sanoja acaba de ser electo presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Humanidades”.]

Y la inmensa claridad

Son las tres en todo corazón. En el soplo
de penetrante vidrio, la inaudible gota
mantenida a flote y, más allá, el arco
jubiloso.
El paso apenas dado, prisión del pie,
retroceso de Dios al silbo de un objeto:
y frío
resplandor de la herida, de la O
frente al cero, geómetra y fina,
vuelco de mi copa en el palpitar azul,
seña, llamando, párpado en cierre
que aún vivo, que suspenso hilo todavía,
refulge con persistente relámpago
y se despliega, entero como tromba, bordea
albas, al mundo mismo, a esta
obscura, y lunes, enhebrada
punta de mi alma.

Desde la silla, en la tarde estamos;
levante y pluma vamos; confines somos
de un incansable amor.

Olas de campana o murmullo
sometido:

el índice adelante y en algún lugar
–península, Barinas, nube, casa–
doy al rayo vespertino, a la amarilla
mesa, de frutos pobre, inacabable ruta
que, a roce tan querido, más madero,
y a tacto de tal sombra, más sonido
tras la hoja vana.

Así me llamo y me veo
el silencioso, el que en calma
llora polvo de ayer junto a la cama,
el que diminuto y acarreado
por potencias invisibles, por recuerdos
buques sin escala, toneles bajo lluvias,
devuelve suavidad al tormentoso.

Voy al aire que eleva, y niega
mi imagen yerta y sin espejo;
a la voz
bajo el agua, hundida, casi ahogo
en el empuje que sube, aunque al nivel no llegue;
al ojo
siniestro en duermevela (sueño, a las dos;
muerte o luz, ¿cuándo?),
pardo ojo,
ceniza,
flor de enero en su rodar morado
centellante forma que mira desde abajo
cómo sin aviso el fruto se desprende.

Entre paredes, apretada cercanía
vivo, y soy la orilla desde donde
toda partida resulta triste.
El navío; la madre; una estrella al sitio de la noche.
Marchas, regresos, fugas. Y gris y tumbas.

A mi puerta tocan y es dulzura
la rodilla que me alza.

Sí:

mañana nada quedará, profecías ni mano que se alargue, pero ahora

ahora

¡cómo se esparce

la claridad que me rodea!

Publicado en *Cruz del Sur*. Caracas, junio 1958, n° 37, p. 39

**Pero colmado el espacio,
oh gloriosa división**

Y tras un codo de clamor, del iris al parpado que no cesa
la tortuosa vena se engolfa y se precede; a los lados,
rumor zurdo, diestras púrpuras que agigantan lodo.
Imperfecta expansión de lo que vive, ¿dónde el roce
plata abrirá su altura, dónde palparemos límite, o más que árbol
seremos, opuesta estatua de la penumbra que se niega?
Arroja, celeste toro, tus saetas de potencia, tu borde
de sangre y resplandor, tu lumbre sin desgaste.
Ruta para el avance: ¡paso, paso a lo que truena!
Intento; creciente mano; apunte hacia la gran resaca,
no el consumo de alas, la división inerme.
La recta en incursión brillante, venus enemiga
del rodeo, del manantial sin forma. Ese penetrar
que no pide, ese agudo ser
del no quedarse, ese eco
que de voz nos llena, y, oreja animal, carnosa,
lo oímos murmullo de Dios, cruzamientos
del cometa con la Nada.

Aquí, bórrese toda referencia. Sea la blancura.
Sea. Y antes de que mañana auroree o la flor espine,
mirad, dorados ojos, cómo la distancia trae serpiente,
cómo se agosta la más intensa pluma, cómo se descubre
la mitad del cielo.
¡Espacios, espacios!
Bravo por la soledad acompañada, vivas para el sol entero.
Fué en este llano donde vine a hombre, donde bebí
imagen de muerte en los henchidos caños. Fue mi rezo desolado.

¡Días, días!
Ya es el anuncio de las batallas, ya son las copas
rebosantes –olorosa madera, ni jade ni cristal sonoros–,
ya el tallo en mediodía, ya el ingrátido
vuelo que del fulgor a la esfera, de Saturno a la luna,

de flecha a fina torcedura, de llama a llama,
acompaña su tenebroso corazón de tiempo, su fósforo

apaga, sordo e infinito, tras la caída de los astros.
¡Gloria por la instantánea avanzada de las algas
por el inapresable cerco de los pájaros, por la curva
por la arena que se aleja, por la arena que se acerca,
por las vueltas del asombro: nube en ascenso, junco
que se avista!
Por las puntas
lanzadas como rayo.

¡Fondos, fondos!
Hazte remo –tú, opaco brazo–, hazte membruda
palanca, capitán de fuerzas, pez de músculo agitado,
y sorprende en albor
la estancia del líquido, la planta sin término,
el ave que se agota por el pico, el ser
casi lloro.
Hazte exceso, solidez enardecida,
ven a la palpitación del remolino, ala del
confuso brote que envía estela a lo lejos, palomas
a lo hondo, mortales corolas de Orinoco,
y que suena su caracol sureño, su horizonte, sus dardos dobles,
y vuelve y regresa, Navegante sin la bruma, Corsario sin el faro,
y danza de nuevo junto a la quilla.
házte y ven, de lo agónico
a lo esculpido viaja, de lo lirio
a lo orgulloso, copo que deshaga levedades,
vidrio que apresure sus lujos estelares.
Embanderada te he visto, con solemne flor rodante,
costumbre verde sobre fugacidad garza, a veces lluvia
apagados luceros, a veces viento soplando fríos.
Sé de tus pactos, si gran geómetra del espacio Ángel,
si velero del crepúsculo, Sombra; sé que a espaldas
de afluentes, montes, lámparas,
preparas un cuchillo, afilas lo indeciso,
agrandas la espada que atraviese

este vaho, no neblina, este candil, no umbela
sí arco múltiple del ramo, o tumulto que clarea,
o columnas sin amarra, o vaporosos saltos a lo blanco.

Vas, y tengo inmenso pie
para alcanzarte.

¡Tus secretos, tus fronteras! ¿No oyes cómo golpeo
aldabas del misterio, cómo paso hacia el planeta?
Acógeme; abre puertas, ofrece hojas, luce tu poderosa ofrenda.
Yo te seguiré con alabados instrumentos
(astrolabios; amor; vientos; barcas)
que me harán sobrenado, rizo que abastece clarinadas
atleta del sonido. Y nada quedará oculto,
serás mía,
seré emperador, tu emperador
amarillo y solo
el que tiene alba en la pupila, vuelo en pleno costillar,
olor a estrella por aleta palpitante, talón junto al rosáceo
andar apresurado. ¡Ay confidencias de la espuma,
ay marea que te alzas y que cedas, ay pasmo leve, seréis alimento para mi cuerpo
a flote, vivo!

Sigue, pues; sigue hasta el memorable hallazgo,
hasta lo que perdura y cruza, hasta las prontas rocas levantadas
al oeste del alma, a lo alto de la ola.

Que aunque haya testimonios

aquí
sólo hallaréis castillos de playa, promontorios
de la tarde, arcos, hormigas de la selva,
cantos,

hombres contemplando alturas,
'Espacios' 'Días' 'Fondos'

Marzo de 1957

IV

Poemas publicados en *Tabla Redonda*

[Falta digitalizar este grupo de poemas]

La coronación y el alzamiento

Alcor extiende su imperio

La cita con la mujer fragante

La fuga del rey, la alegría

Mientras venía la estación

El nuevo régimen es parte de la historia

V

Otros poemas

Despertar
Autorretrato
Trácala
Hermoso lugar
Realidad
Mal sueño
Instante
Guerrilleros
Otra vuelta
Donde el Orinoco cruza
Unido a la victoria
Caminando por la calle tres
Fui en el mar, antaño
Nada
Mantengo espera
Caída en la sangre
Retorno al pueblo
Ahora o antes: el agua siempre
Apocalipsis pagano
Los campos sin amor
Entrada a la ciudad

[Estos poemas que siguen fueron digitalizados por mi tía María Eugenia entre abril y mayo de 2009]

[“Despertar”, “Autorretrato”, “Trácala”, “Hermoso lugar”, “Realidad”, “Mal sueño”, “Instante”, “Guerrilleros”, “Otra vuelta”, todos estos poemas pertenecen al mismo grupo, fueron escritos en la misma resma de papel y quizá en la misma época. Este grupo también contenía poemas de *La mágica enfermedad* como “Dios es de día, vengo” y “Mal sueño”]

Despertar

De mañana alabo fábulas, lo que fuí ayer me sobra
maniobro en tierra como un ser fantástico, truco modos,
alumbro el estudio con luz indirecta, tibia.

Mi piel es de índole animal, la letra marcada
por la fiebre, la siempreviva de los tiempos, el Sol cojo
y con barbas, temblando en las cadenas.

El de anoche se ahogó en mí, trompa sepultada
quedó de su naufragio. Vivo más.
Livia fragante a través del funeral, celeridad, langosta de oro
jornada del terror, precipitada huída hacia el reducto.

De mañana me muevo por todas partes, ensayo varios pasos,
el arqueo del gato en la alfombra, el estiramiento
de la mujer sobre la cama,
ese incómodo vahído de las flores, la filigrana de un solo pie,
un ladeo de gallo, cierto apetito de pájaro y payaso.

Ajetreo en penumbras, aparto libros de teatro
y examino objetos colocados
al contrario del techo, tímidos, imagen de mi hermética palabra.

Lívido asimismo como aquel que busca su colirio, sus papeles,
y habla y se contesta, dónde, dónde están los coribantes,
el gran dios brown y las caretas. Fedra sudando hipólitos,
genios maléficos con luces en la frente, zumbadores
que afean la existencia
en cuarto cerrado, matando moscas, descolgando cuadros.

Caballo, implacable jinete oficia en la ventana. Dios.

Autorretrato

Arlequín entre ramas y sandías, camisa de culebra
con su capuchón de KKK, léeme ese pasaje de Plauto
donde el soldado fanfarrón alterna con sus jefes
Gran mono que imitas a Jesús, en ti está de tránsito
arcángel de bolas muertas, tímidamente azotado,

tú eres el repleto, el bien comido, inteligencia pomposa
que andas exhibiendo las variedades de la tierra.

Tu lengua borracha no enmudece, recinto de la danza
y General Urdaneta que olvidaste la espada en la limpieza.
Sin pelo, allá vas en el primer día de pago,
gozas religión, preñas doctrinas, aseguras ser el pintor
y bostezas como una larga frase en un largo frenesí
de monja que a las seis esgrime bastón de nardo.

Me llamas sectario, pegándote a mí como rabo de becerro,
desconoces el nombre de la mujer, su órgano que suena,
sus aparatos destilantes, toda el ave que en ella delira
perdiéndose en el tono, volcándose en sol que muere.
Eres comienzo del martirio, término de una víspera
fácilmente esclava, cercada a tiros en el café, y cuán poco

cuán poco te acuestas con la verdad, poquito de la audacia,
poquedad que sabes sumar dinero y escoger amigos, ardió
alguna vez en ti el hábito del Rey, el ruido destapado
que los rebeldes agitan en cabriolas sobre la nada.
Criado del amor, siervo de la A que eres B en buenos días,
das repasos de historia y literatura para demostrar
dónde está el diamante que entre hoja y hoja
le reservan, le guardan, le procuran
a los sanos de juicio, maestros del estilo, bufones
que en la tarde lavan la ropa interior de mañana.

De color de rosa cuando la humanidad se pone roja
y el pensamiento es como una granada de mano, por décima vez
armado y dispuesto contra la vejez,
de olor a seguridad, miércoles entre los días,
entrecerrado en medio de la lascivia abierta del mundo,
semiabundante en la miseria, los vicios, las pasiones,
representas lo que me abandona, enfermedad de a cada rato
colonia que avanza entre amistades vestidas de lagarto.

Fausto de treinta años juega en los Prados del Este.
Fusil de mil disparos, Venezuela es la axila del Diablo
para tu sudor malcriado y tu flexible tropa de conciencia.

Vuelve al lugar de donde saliste; ajo machacado
frótese en mi retrato si todavía persistes, ajo
si no vuelves al lugar de donde saliste.

Trácala

Creo en el 15, en su extraño amor, en el trazo
con rectitud y rabo, en la erguida disposición
de favorecerme
cuando con temor y dedos espero
la salvación.

Creo en él, sellado con tintas de mampara
y sabiendo que en labios divinos es otro, un número vicioso
lanzado al azar
por la vieja magullada como fruta, falsa como el dogma
y enteramente imperfecta en sus deseos.

Creo, creo, creo,
sin determinar qué es lo existente y cómo razonan
los de la verdad triangular;
el 15 no pierde, el 15 de amaranto y esencia,
15 en números romanos, 15 sobre la planta del toro,
15 en la pureza, 15 de los bárbaros,
su tejido, su grandeza, la caballera de fuego del 1,
el vientre del 5, que rueda hacia un lado
buscando saturar el Ser,
acostarse en la contingencia, ensuciar sábanas de amor,

Criatura a la que he querido en mis corazonadas,
no en la evidencia reflexiva ni en el acto de pensar,
entrañas de mi rabia, perfección de la marcha hacia Él,
tripas de mi debilidad,
pedazo de mi energía
puesto al sol, lascivo.

Ladro para decir que el 15 es mío
de torpe paso a báquiro de cínico brillo,
meo, luzco clavel rosmarino, encierro libros,
tomo añejo.

Acuartelado en mi presencia, ven a mí, 15,
sálvame, sálvame, sálvame.

Hermoso lugar

Era una sola calle, tan amarilla como un girasol
lanzado desde lo alto y oprimido su polvo entre los carros.
A la casa se entraba por un portón, a tientas se buscaba
la flor celeste y aparecían trinitarias, loros tuertos,
arrendajos que llevaban trozos de piña, lunas,
y un delirio de parchas sobre el zinc, cayenas abiertas
sobre el pecho de la negra, en ese instante dormida
en un poder de curvas, con músculos y piedras de oro.

Él penetró a zancadas y le dijeron griego,
los culíes llenaban carros de guayabas, tomates a espada,
cebollines con verdes de lujuria, lechugas.
Se unieron y se fueron en bandada.

La negra despertó y yo caí sobre las luces preciosas.
Vi carnosidades. Dos veces avancé en forma de pájaro.
Oí matanzas. Una contracción como si bebiera sangre de toro
Y el hipo en una garganta de pez ávidamente cazado.

Más pequeñas las casas, porque llegaba crepúsculo,
¿de qué modo? pregunté a mi papá. Párate,
como un cometa sin fuerza fui y oriné allá.

Sobre soles dejé huella de tigre, pegué un brinco
con la boca abierta y satisfecha.

Realidad

Lo fabuloso está del otro lado
como enlace con las nieblas más cargadas,
columnas en un foco de dicha.
Sus árboles sin ramas, sus toros en las copas del sol
y aquella herida del espacio,
una vastedad sin afrenta, fondo mismo del estar.

Los mástiles allá tocan cielo
y en efecto son duda, perpetuo movimiento.

Aquí sin embargo este contagio temporal
con sus vilezas, sus objetos mudables, sus desvíos.

Aquí la cosa sin velo, descarnada,
el semillero material, el odio sin linaje.
La visión del placer y los torturados y el robo
y la pastosa esperanza de los cambios.
Aquí el exceso en las pasiones.

Lo real de hora a hora, en residuos,
entrando en la memoria con ineludible percepción,
hueso razonable, pactos, miseria a dos velas
en el océano de la fuerza, en la categoría del hechizo.

Esta hartura de materia que nada posterga
y que opera en uno con delicioso signo de cuerpo.
Este goce, este privilegio de testigo.

[Hallado también en *La mágica enfermedad*, p. 41 y perteneciente a este grupo de poemas, mismo papel y letra]

Mal sueño

Agarrotado por momentos en un cajón especial
y cruzando por mí mismo entre zurcidos heroicos,
vuelo por Atlánticos de tintas y yerbas somnolientas.

Mi posición inferior se hierde, húndese en una molestia
y si intenta sacudirse, mordida ya por una ciencia eléctrica,
levanta el goce hasta lo inerte y roza lo superfluo
con ráfaga de fracaso, con perturbada mano de mago,
con todo un irreflexivo arrinconamiento de impulsos.

Huelo el lirio electrónico y saco afuera tablas sensitivas
con flautas llorosas. Túmbase Cezanne, en cubos.
Alzase pura luz de arriba rompiéndose en Picasso la isla.

Madonna con el rostro empapado por un brillo de cobre, satánica.

Instante

Ahora mismo el día dice entre oscuros gestos
una palabra de cobalto a mi corazón.
Estoy sin sueño y luzco páginas abiertas
de un verano que está por acabar, de una visión
que se mete por el párpado e inunda muertes.

Lo segundo es proceso flexible, dalia malvada
como aquella del cómico cuando apágase aceite nocturno.
Un navegar sonoro entre sábanas y lámparas inversas
y el acto de saltar sobre caballos, en el polvo,
quedando néctar enrarecido mientras el sol
corta al papagayo, nieve celeste, a la vista de todos.

Deseo encenderme de nuevo y el mundo huye de mis manos,
esta ronquera parece eterna, toda en lágrima,
puesta sobre mi duda como una corona, raspando diamantes en silencio
y filtrando largo tiempo un lamento, un número,
un toro en un lecho enteramente brusco, como víctima.

Alumbra en mi lengua una forma de teatro, se me ofrece
el poder, la alegría agárrase en su lazo al espacio
y duérmome en brazos de María, al oriente, ya azul.

Guerrilleros

Estos rostros fueron quemados por el fogonazo:
él llevo la potencia a terrible acto:
y muertos están.

Eran dos. Eran primos. Eran sangre
de una familia de 117 seres.

Eran.

Escribe ahora el padre en la pared:
“Mario Petit, guerrillero cimarrón,
su tumba queda en Cerro Azul”.

Y viene la madre y llegan los sobrinos.
La montaña parece alejarse, tienda de neblinas
por donde bajan fusiles.
Y vienen los amigos.
La yerba abre un boquete en el cementerio
y al saltar la tapia
el monte asciende y desciende, palideciendo el verde,
poniéndose roja la tierra, ocre diabólico.
Y llegaron todos los del pueblo.
Ocho cruces para los niños, dos para ellos,
la de Mario entre espinas, la del primo con una fecha
ya musgosa, con unas flores locas, goteantes
de sustancia sucia.
Más allá
el camino entre los vivos
y curvas que no terminan
y otra vez tumbas.

Ahí el dirigente habla, pero
la palabra
es posterior a la muerte.

Otra vuelta

Estos dolores y acá mi mano sobre el costado,
este cinturón que rodea la piel húmeda, estos salvajes
soplidos, acaso Reverón vuelto loco con el último coleteo,
estos cantos oblicuos que se tumban en el jardín
para más solo, para más cerca, buque a la deriva

Esta bullente percepción de invisible lastre,
y su acoso y su ancla que no pesca más que espuma,
la forma imposible, la ofendida media luna, este colgante
gesto de tampoco, ahora, mañana, arañar la eternidad.

Y lo radical haciéndose santo, comulgando, y la tropa
que ocupa mis órganos, me agría y oscurece,
y la elasticidad con que andan las hembras,
estos cristales por donde vienen neuróticas manzanas,
este proceso de durazno hacia la siesta,
el sentido divino que en fin se alude en otro lado,
estos amantes

me están atrapando en el delirio y sin embargo.

Donde el Orinoco cruza

Ven, es contigo, sitúa el labio en mi tetilla izquierda,
entonces,
entonces,
posa en aves el pensamiento hacia el Mar Negro,
de opaco a brillante el ojo mira eclipses,
la espada va a la luz y para siempre indica
dónde está el amor, a qué altura, por cual tierna zona
los habitantes defienden su existencia.

Acaricia mi barba, sosiégate, animal sin rayas
y en ese,
en ese instante bajan almadías y fuegos fatuos
ante el saludo de otras gentes, pero aquí,
en el cruce de ambos ríos, el buque carguero
más grande el mundo asoma su cabeza, X-azul-207,
y sueño.
De frente, de costado, como un papel en aires
veo el guiño blando, una sustancia de paz
que se desliza por el agua, antes de caer,
y sueño.

Junta el deseo, abre tus piernas, cierra el corazón,

desde arriba, ahora, las islas parecen costras del universo
y los caminos se estrechan poco antes de tocar puerto
o embarcaderos de plátanos y playas de tortugas.
En tal arena, en el polen oliente de antaño,
preparan los huevos su sorpresa, el brote que en lo tibio
sucede largamente, como una operación de astro
mientras la parte sur del mundo se inclina,
mientras medito, mientras en otra orilla
muere el pez
o el sol anaranjado, como ciega mano
de infinito.

Donde el Orinoco cruza,
entre plantas muertas y grúas de acero oscuro,
se mueve el polvo de minerales y tiempos,

mi pie se hunde, se declara en guerra,
y un extraño ser se aleja y dice adiós
y me quedo solo, otra vez y sin remedio solo,
y nuevamente entonces sueño.

Agosto 1963

Unido a la victoria

Hasta esa altura que es la suya
alzaré mi mano, estimada hasta ahora por los dioses,
y el propósito es tranquilizar la ciudad, no mi ánimo,
y cimentar la paz a tiempo.

Todo lo escribo por duda.

En estos momentos soy el pálido jinete,
movimiento del abrir y el cerrarse
donde la espuela me da en corazón.
Y como al vuelo
veo en avance el ciclo de las estrellas,
un ojo que estalla
y el curso de los navíos
hacia la manifiesta voluntad del juego.

Brindo por el destacamento, por él que envió ella
en su afán de someterme,
y ofrezco mis bebidas preferidas,
mis odios ablandados
porque sé que ni la más fuerte guarnición
podrá vencer mi Palestina.

Seguiré siendo el fuerte aunque mañana
llore.

Alimentaré todavía ese placer de examinar
a la mujer,
perpetuo pasto del entendimiento tirado,
arrastrado,
arrancado con fingimiento
por caballos
realmente diestros en la caricia.

Feliz profusión de lo que vacila,
en este día sin embargo
estoy más unido a la victoria.
Arquitecto, siervo, sacerdote, transcurrido hombre,

la décima parte de mi ser es indescifrable...
Más allá, ay la luz corta esta visión,
nombres de bares y comercio de esclavos, todo lícito,
nada impedido, firma y sello de la cosa vendida,
aunque veneno de América y de mi espíritu,
aunque vello de la pierna mayor de quien oprime
y ley metida para escarnecer al tonto.
No alabo lo que estoy mirando con pupila mala
porque resulta ofensivo
ese talón derecho untado de grasa
como el emplasto del demonio en su escondrijo.

Decía
que llegaré hasta su cielo
y que no me dejaré conquistar.

Esta es la promesa que hago
y nada más.

Agosto, 1963

Caminando por la calle tres

Echo la sombra hacia adelante, la privo de mi cuerpo,
la escolto de cerca con la tenaza del orgullo,
su tercera parte de sol se arma como un escorpión,
me alaba y niega, soy entonces como el César en los cerros,
despojando de atmósfera, inmortalizado por lo mudo.

En el hueco de la posteridad coloco mi pierna menor,
meneo la oreja antes de comer, perro guardián del vino,
Alzo el vaso con escudo y brindo por la pestilencia de la patria,
y el bocado del ruseñor apunta hacia la lascivia
y el trago de gloria huele mal, resuena como concubina
en alargado sacrificio, rajada, curtida, dispersa por el mundo.

Tambalea mi sombra mientras menos sé de pies métricos
y brilla tras la araña el número cinco perdedor, parece lirio
ahí al fondo de la duda, se abre el cielo, se ensancha la tos,
frote el corazón allá, una y cien veces, tratando de sacarle fuego
a esta vejez sin confianza, y nada, Señor, nada.

Mi república está cerrada, pertenece a término que rueda,
es como mujer a punto de echar un hijo entre sangre fingida.
La sombra se adhiere a la matanza y soy así mi confesor.

De mis honduras saco una naranja solitaria, agua pálida
que se enzuma y distrae con la huida, párpado que humea
en una especie de arco tendido hacia el fin, víbora de espíritu
que enfermó a las 12, ya con luz de un astro más poderoso.

En pitagórico salto hacia el año 2100, yo, mi sombra del Delta.

Parecida a la consistencia intestinal del último Rey de Escocia,
la vida atraca junto a el brazo, que en este instante estira una garra
y cae sobre la lámpara.

Otra vez libre, cruzo hacia la Calle Tres, y se escapa mi sombra,
se va y no le dice adiós a la tierra, no le dice adiós, no le dice
adiós.

[“Fui en el mar, antaño”, “Nada” y “Mantengo espera” se hallan mecanografiados en la misma página tamaño oficio bajo el título general de Tres poemas, con firma de JSH, Caracas, 1956]

Fuí en el mar, antaño

A fondo de agua y junto al tallo, oscuro pez
que sube y sube contra ola y aire ciego verde,
fin hasta la cola y desde la sal viniendo y aquí,
ojo frente a mí empupilado, vivo, muy escama,
de ti hablándome, él, justiciero y repentino
en la hora atardecida de tan lejana soledad.

Castigada por la espuma, que tan arriba alumbras,
arriba y más, que casi cielo, púrpura y aún, casi
entonces corazón, y diluida, así agua, y caminante
en el viento: vuelo, pájaro que huyes de mi boca.
Amor de tal modo mantenido, a mis manos ven y dentro
quédate, mueve con furia tus alas y crece y crece
y a mi piel júntate, obedece y recuerda anoche
cuando frente eras en mi frente, en mi pecho, senos,
muslo azul contra mi pierna, y siendo ahora tu pie
y mi pie un mismo salto, y yo, entero, y tú, toda.
Pidamos hijo al aguamarino pez que con viento vino.

Recuerdo aquellas playas. Adiós, frutos del mar.
Quise contar, dije y ya poco, nada ya, cero,
oh palabra que te niegas.

Caracas, 29 de agosto de 1956

Nada

El mismo puente sobre el agua púrpura; la calle
fuera de luna, y el silencio siempre, duro,
punto de eternidad, llave.

Aquí estuve, noviembre de tal año; aquí lloré
mi furia adolescente junto al bambú sin brisa,
mi amor de veinte años. ¡Aquí!

El mismo puente y no el mismo dolor. Herido ahora
y sollozante, a golpe de remo sobre la vida mía,
mar adentro, más, más, de boca sobre la oscura vena
que inunda lo oscuro de mi ser: eso
cuando ni una hoja mueve, cuando callas.

Si fuera el mismo viento, si pasara
y trajera algo de tu amor. Pero

¿a qué el recuerdo cuando sufro?

Discurro sangre, atravieso llanto, a sueños sigo.
El mismo puente, no el mismo camino
y nada,
nada.

Caracas, 3 septiembre de 1956

Mantengo espera

Ver esta cereza y llorar, ir al cuarto y buscar,
llegarse a la silla, mirarla; oír con oído,
beber y acariciar el vaso, pasar, pasar!

Oh ventana que así al mundo muestras:
mis ojos te aman, dáme cielo, dáme casas,
hijos, ancianas, frutas. Oh ventana que iluminas.

Las diez y ¡qué inmensa ola
mantenida en mi esperanza!

Caracas, 5 de septiembre de 1956

Caída de la sangre

Hoy mi sangre ha caído sobre el día
como un cálculo de espacios en las aves,
ha caído, solamente, así cayéndose
como aguas en la simple mitad de la agonía;
hoy mi sangre ha caído sobre la noche
como cadáveres en las urnas o en el llanto
o como caen, sin aviso, las cosas y su silencio
cuando el intacto hombre camina hacia la muerte.

Ha caído en un minuto atravesado de murciélagos,
en un rincón de aliento, en un algo.

Nadie me ha ofrecido el brazo, nadie.

Yo sólo sé que he buscado mi funeral,
amenazándome las venas con temblores de insectos,
hurgándome domingos en el testamento genital,
diciéndome palabras tras las paredes de la muerte.

Quisiera fallecer en cada hombre, nunca he pedido más.

Puedo alzar la mano, y cantar a mi sepulcro inevitable,
porque mucho antes que los dioses habitaran la tierra,
mucho antes del barro, de los diluvios, de la vida,
más allá de las formas, de las visiones, de los ojos
abiertos a algún cataclismo sin caída, a algún crimen,
más allá del mundo con sus signos, de un gesto mismo,
quizá en un tiempo de insondables voces, y de ecos
que se destruían en un asombro de gargantas inciertas,
increíblemente más distante, contra silencios, ruidos
despoblados, golpes sin fuerza, contra inexistencias,
cuando todavía las piedras no recorrían los cielos,
cuando aún no se agitaban elipses tenebrosas, ni peces
ni demonios ni frentes de luz subían por los climas,
mucho antes, allá donde la memoria es una nada,
donde el dedo o el corazón ni siquiera reventaban
en el rumbo terrible de los vientos siderales,
mucho antes, yo mismo no sé dónde, mucho antes, hermanos,

me había oído repetir en las membranas de la muerte.

Y, ahora, suceden cosas tan siniestras: oídlas.

Es el tumulto de mi sangre, el sismo de lo mío
cayendo desordenadamente sobre el suelo, confundiendo moluscos,
océanos, gritos, insomnios, hojas, ventanas.

Es el tumulto de los hombres que se niegan
a ayudar mi medianoche de cementerio, mi pulso de hospital,
el tumulto de sus cuerpos alejándose, el tumulto
de sus dedos señalándome como el gran culpable.

Aquí tenéis: nadie me ha ofrecido el brazo, nadie.

Y no necesitamos de auxilio en la agonía
los hombres suspendidos en relámpagos de muerte.

Marzo 4 de 1950

Retorno al pueblo

Esta era una calle, un mismo ir
el lunes a la escuela, un abrazo al verdor
venido en el carro de bueyes; era el zumo
y la guayaba recién mirada, el cielo
nube a nube, azul a blanco, el cielo tan entero
ante la rueda ya sin giro, ante la vara
y su punta de sangre de pronto atardecida.

Este era Ramón y una honda matadora,
un corazón pequeño y una hormiga jazminera:
el de nueve años era.

Junto a la mecedora y al trueno que pasaba.
Junto a la mano y la ofrenda de claveles.
Junto a la acequia y el camino.
A las cargas púrpuras, al rosalba concentrado.

Era el espejo, su mirada
de santo alcanforado; y el deseo también,
todo tamarindo, ojo lagunero.

El espanto a cada instante. Un amigo
nuevo y la culebra de violeta fina
aparecida en el borde de la espuma.
La tarde, la invasión de pájaros.

Luego fue otra calle y un ladrido que se pierde.
Un quedarse plantado y preguntar por algo: algo
niñea esa rodilla detenida, catecismo que no gusta,
Marina que no quiere, hermano que se fuga.
Fue el salto del san francisco a la quemada
madera y al rescoldo; el corazón de colibrí
y las tres palabras del amor que no llegaba.
El paso por las casas mirandinas, el martes
en el ventarrón, las cenizas
por donde trepó tanta pierna sorprendida. Y fue
la nueva esquina,
el racimo tan cercano, ay de la pestaña acamburada,

del arroz hortalicero de los Vásquez
y de aquel
glorioso vuelo en la jaula endomingado.

¡Fue el llamado de la hermana, fue el ya voy,
el pie en retroceso, el corazón apuntador!

¡Agua, agua de las once,
todo su río y sus limones! Todo el cruzar.

Descanso más hermoso, hoja
en lo adentro, sonido hondo, saboreado,
y más allá, en la orilla, cierto murmullo
que no era la vara por cortar, que no
la senda del escape, las cenizas.
Cierta pálido
contacto.

Y la casa de insistente número: ¡entra, entra!
Y el zapato y la alpargata que llegan hasta un patio,
linderos de todo lo largo, frutales
islas, un ojo así,
llamas, llamas
hasta lo alto de la vida. Entonces
fue el tonel, la cara de un Ramón
movida, oyente de frescor
por la grosella atropellado, por las manos
del que aún busca, del que todavía ama.

La inscripción con el cumplido juramento
de antes, a punta de lápiz, en el cuarto,
y que ahora
lágrimas recuerdan
al sesgo de pureza, pulpa que brilla
con su mejor estado: una y otra vez
muere enero, pasa
el que sigue siendo amado, y su túnica
temblorosa
al traspasar el límite
no da color ante el tiempo que penumbra.

Y fue el fin.

En caballo y sin espada,
el de los diez años,
su carrera.

Y ahora, amigos
ni risueño labio ni ojo de dolor:
sólo callar,
callar.

Ahora o antes: el agua siempre

Dos golpes de amor tienen lado suficiente
para contemplar los fuegos, sin ruido, uno a uno,
y con rescoldo, con el quedarse, con el ramo,
entrar al escalón que espera.

Mas, ahora, antes, no para vencer
desde tan alta orilla,
al filo, a la poderosa ancla que sujeta.

Dos golpes, como mis brazos, como tu huida,
llenan al mundo con lámparas, con besos,
y al pétalo construyen, a las ciruelas,
hondas hoy en el oleado corazón, en el invencido,
mañana inciertas,
a la espuma echadas
por vientos del navío, por glaucos pertinaces.
Pero, oh arquitectos de la nada,
oh pescadores de Isla y Golfo, nadadores, atletas sublunares
¡esos frutos se hundirán!

Al fondo, cantores sin espacio, meditabundas
cenizas de la aurora; al fondo, tumbo sobre pez
hasta el toque pardo, hasta lo quieto.
Acallados, ése es el castigo,
fronteras últimas del tiempo, semillas que al hombre
lo han dejado
sólo voz, despojado, culpa.

Y no por débiles y menos por temores,
visiones y ofrendas, días: alegría clamo,
mínima, sobre el río yendo
hasta alcanzarlos. Que, burbuja apenas,
al leve tallo toque y ya en el
asalto, altos templos modele, los tumultos
opaque, deslice, mueva, y a la huella
azules para llegar
hasta el caracol costero, hasta las siembras
y ascienda, truene, endiose
y al fin, víspera más luz, temblor de altura

retroceda al campo que yo nombro,
no a ti, no a mí, siempre a nuestros lazos,
siempre al ojo que se cruza con la estela,
al turbión del sueño, al hombre que lo espera.

Que sobre el universo queden
su golpe primero, sus tonos propicios

y así deje, remolino que antes fuera nada
vuelta que ahora resulta nave,
antes, ahora: parpadeos de astro oculto,
agua entre el amor, siempre el agua, siempre!

[Primera versión]

Ahora o antes: el agua siempre

Dos golpes de amor tienen lado suficiente
para contemplar los fuegos, sin ruido, uno a uno,
y con el rescoldo, con el quedarse, con el ramo,
entrar al escalón de impasible espera.
Mas ahora, antes, no para vencer
desde tan alta orilla, no para quebrantar
el filo, el punto en que la poderosa ancla nos sujeta.

Dos golpes, como mis brazos, como tu huida,
llenan al mundo con lámparas, con dardos,
y al pétalo construyen, a las ciruelas,
hondas hoy en el oleado corazón, en el invencido,
en todo tiempo inciertas, del malva al rosa,
de la altura a la yerba, a la espuma
echadas por vientos de vela, por glaucos
pertinaces.
Pero, oh arquitectos de la nada, oh círculos
girantes sobre la línea,
pescadores de Isla y Golfo, espaciales atletas de la luna
¡esos frutos se hundirán!

Al fondo, cantores sin orilla, meditabundas
cenizas de la aurora; al fondo, un vaso primero,
un pedazo de sombra después, tumbos sobre ola
siempre,
sal, inagotable sal
que se castiga hasta el golpe pardo, hasta lo quieto.
Acallados, mudez de la estrella, escama del pez
aireado: ése es el castigo,
fronteras a las más distantes
clamores del tiempo, semillas que al hombre
han dejado
sólo voz, despojado ser o culpa.

¡Al fin, al fin!
Mientras el sol
¡tan central en la llama pura!

Y no por débil y menos por temores,
visiones y ofrendas, tormentos celestiales: alegría clamo,
mínima, sobre el río yendo
hasta alcanzarlos. Que, burbuja apenas,
al leve tallo toque y ya en el asalto,

en el desborde, altos templos modele,
los tumultos opaque, deslice, mueva, y a la huella
azule del hasta ahora divino Paso, azule y transparente
para llegar
hasta caracol costero, hasta profundos vacíos contemplados,
a la arena tan desigual a cada ala,
y ascienda, truene, busque
y al fin, víspera más luz, temblor de arriba,
retroceda al campo que yo nombro,
no a ti, no a mí, siempre a nuestros lazos,
siempre al ojo que se cruza con la estela,
al turbión del sueño y al hombre que lo espera.

Que sobre el aire queden
su golpe primero, sus tonos propicios

y deje así, remolino que antes fuera nada,
vuelta que ahora resulta nave,
antes, ahora: parpadeos de astro oculto,
agua entre el amor, siempre el agua, siempre!

[Segunda versión]

Apocalipsis pagano

Descubro tu rostro de manzana amanecida
descúbrela, como quien espera nacer, calladamente.
En él veré la presencia infinita de las cosas,
las mañanas suspendidas en la agonía del hombre,
la sangre del origen vertida en no sé qué batalla maldita,
en la batalla del sexo descubriéndose, tal vez,
en la batalla de la Montaña y de los abuelos del verano, podría ser
o en la batalla asquerosa del pulso mirándose en los espejos.
(Algo así tiene que ser: apocalípticamente nuestro).

¡Descúbrela!

Pues, en él sentiré que las mentiras caen
como los fantasmas del nombre en las noches ciegas,
como la piel de los siglos en los tumultos de las Bestias.
Sentiré que los hijos son
la vena de todos los úteros extendidos,
el río desplegado en la semilla,
la suma carnal de nuestra tierra.

Descúbrela!

Que en él lloraré mi testamento descubierto,
mi testamento que bajará, siniestramente,
por la membrana oscura de las voces,
por la brisa desterrada del olvido,
por los cráteres furibundos del primer Sol.

Descúbrela!

En él creeré
(es creer cosa tan sencilla, por no decir humana)
como en el Creador mismo, ya triste por desgracia,
que se asusta de sus Siete Días pecadores
y que siente el pagano amarillo del Domingo.
(Creédmelo: este Dios es un Hombre agonizando
su temor eterno por la Vida).

II

Las vértebras sonarán flautas de miedo,
mostrarán las noches gigantes células de luz,

Animales cruzarán la estepa con olores de sombra pisoteada,
esferas lejanas flotarán como vientres bajando por el Gran Río;
las cruces tambaleándose
abrirán el espacio simulando el Juicio Primitivo;
caballos maltratando la cara de la aurora
romperán el vidrio del pasado;
enanos con ojos asesinos
bailarán la orgía desesperada de la Fiesta;
gavilanes sombríos enseñarán
orbitas de no sé qué en luminosos picos;
furias agarrándose en animales de largo cuello
quedarán como asustadas en el Volcán;
los huesos fríos, las serpientes hediondas, los musgos desangrados
se erguirán en un terrible cementerio obscurecido;
todo tendrá algo de siniestro cálculo.

Y allí estaré yo esperando
que descubras tu rostro de manzana amanecida.

Caracas: Diciembre y Lluvia.

Los campos sin amor

Fueron aquellos campos la reluciente cárcel, la ventana alada para el perfil, y las hojas cayeron al centro, en paz o en otoño apagaron su ilustre fuego: sin redes, hasta la orilla, el mar.

Fueron aquellas arboledas junto al camino, y rodeándolo todo, ciñendo la cintura y el espacio, envolviendo músicas, aquellas enseñadas, oh dibujo en la mirada, oh luz difícil para el amor!

El hilo, ¡el hilo que cruza las penumbras y poco a poco va sellando el labio, la palabra santa que estaba en gozo, que sostenía lo levantado del clamor!

Fueron mano y corazón, la triste columna y los tesoros en su modo de templo solo, en su calma de vino derramado:

y todo lo tuyo
bajo el golpe de las corrientes, con la ayuda del ciruelo, del humo tenue, de los años;
y todo lo tuyo
al filo de un deseo intacto: ¡amas, amas!,
a boca del lunes jardinero, a vísperas de una tierra gloriosa, de un sol, de venablos y disparos.

En el altar reposan los objetos, la nube sigue navegante (este y noche), y en el confín de luz, aquellos campos sin amor.

Fue la bahía, el agua junto al faro, y la resaca del cielo, la neblina de un dios, el dedo de una niña, y el llanto de altas lumbres que como el océano ahora, como nosotros antes,

deja ola sin final, Caía un suave polvo y ¿recuerdas? se hizo tono y amapola, luego silbo, luego invisible roce que inundaba todo lo redondo y parte de altamar. Lo que besábamos no era la espera, no ere el cuerpo

de dormido ayer.

Pasaba el barco Estrella, pasaba el tiburón:
y callabas, oh cruel murmullo,
callabas en la soledad de afuera (en verde, en flor),
ibas, venías,
aleta movías al abandono,
ojo llevabas a mi sombra, y en todo,
en el universo plano, en el rededor esférico,
sobre la arena, cerca del pez, en los lados del trueno,
aquellos campos sin amor.

Lo que fuimos: torre y arcabuz de viento. O la flecha
que guardábamos en el más antiguo salón: olor a pluma,
a herida que no cesa de sangrar. O la limpieza
del aire, el rasgo de los círculos,
el alero
blanco, malva, violeta, según el límite llegaba,
según caía la gota, según la sombra.

Aquella hermosura y sus felices
pájaros
se escaparon en la migración de agosto,
terminaron su misión de sueño. Aquellas murallas,
el ejército del sur, la conquista de Roma y del color,
los guardianes, apóstoles, custodios de lo tierno;
el fulgor de la estrella
sobre el pie
que finalmente me ofrecías, ay intento de crepúsculo;
sobre el seno
que finalmente ladeabas al contorno, a la brisa;
sobre el hombro
que finalmente azulabas, que rodeabas
de un vaso sin escudo, de un paso, de una fuga,
en aquellos
campos sin amor.

Malla que al párpado se esconde, bosque
de la tierra norte, sed vacía, todo lo que forma
el destierro de mi alma
en aquellos campos si amor.

Recuerdo, silencio, fin:

Oh vastedad propia. Oh relámpago interior
a cuya impalpable llama rindo el corazón,

¡dadme embarcación, dadme viento y furia
para recorrer
pasto y sequedad de aquellos campos sin
Amor!

Entrada a la ciudad

Del destello que surge, de la sonante
rama de fuego
sobre la ciudad vacía, sobre el mar,
va formándose mi nuevo
cristal
de limpia frente y de esfera
augusta, con dos aves
que aletean en el albor, hacia el este
la más dulce, hacia el sur
aquella de oloroso pico, nublada vista
amazónica del desplume, ardor.

Atrás dejo las efigies de aquel tiempo
en que la estrella mayor
sostenía su llama ante los altares
más poderosos del espacio. Un Dios
de mirada varia, acaso presente
tras estar de flor o vela
o rezo silencioso. Un Escorial opaco
y sometido a la influencia de la luz
roja, sorda, parpadeante
de la tarde sobre el arenal, sobre la burbuja
que estalla junto al tiempo. Un celeste ruiseñor
y el león de Abisinia
que gemían, de lado y lado, y no alcanzaban
estela del rocío ya más fugaz, ni la estancia
de algo musical, como serafín o fuego,
traído por el árbol huracán, por el árbol
sentenciado. El asombro
de quienes éramos más niños, más azules,
sutiles, blandos, ocultos,
paseadores siempre por debajo,
de grandes oídos atentos y en silencio
ante el dedo de los otros
cuando de noche, bancos de la plaza,
el infinito vibraba en cada palma.

Atrás los dejo. Mi deuda es poca,

raíz menuda y pedazos de un cielo nada grato.
Nunca me llevaron al río
sin su regia ausencia angelical,
firmes de pie, anchos de cabeza,
despojos mal armados en vez de corazón.
Éramos más chicos
y no lo comprendían, y ahí nuestro pasmo
navegando a oscuras
entre el misterio y el manantial
tan negado al sueño que lo ansiaba
más que al viaje, más que a la ciudad.

De mañana en mañana el sol fue saliendo.
Al levantarme: temblor entero que sumerge
el sonido de los libros, los consejos.

De luna a luna todos iban, unos al campo
de más norte, otros al mágico bullicio.
Y todavía, la espera.

Pasó todo, años sobre días,
sábados sobre vino,
puntos y comas, descubrimientos, madrugadas
de prolongada ansia
muslar.

Y entonces viniste, úna, llena de junio
y espantada dentro del cuerpo
vibrador.

Penetraste en la ciudad como en un santuario.
Diez puertas se abrieron y cada niño se quedó
mirándote.
A la diestra te sentaste
a humo, toda envoltura
de posible níspero maduro. Y el corazón
anhelante
de tu contacto nube, de tu roce aire,
elevó su copa
hasta el tierno espacio, ¡oh gozoso

corazón!

Te quedaste en la ciudad, en las casas
que pronto se vistieron
con el más puro moverse, con el sol.

Vine yo, estrella,
y las llaves nadie me entregó,
ni signo alguno, número, objeto
con que abrir misterios, con que cerrar

párpados
con que avistar los últimos caminantes de la aurora.
Conocí el puente
tembloroso y un alto
mirador.
Y cada día más lejano era.
Maíz del sueño, llanto, olor.

Después entró el que miraba
aguas en el relámpago, filos en el suceso,
arcoíris norteños del más bello resplandor.
Hizo un orinoco en cada niña
deseosa, en cada flor.
Y lento, lento, muy lento
señaló el veintisiete y cual junco
apagó el selvático paso en la mansión.
¡Qué tez tan clara
en pleno amanecer! Estuvo,
nos dejó
un vaso de color.

Ahora eres otra, carmínea y jaspeada
con tu punto de diamante en lo central.
Tienes ave en lo más hondo de tu luz
y vives sonora dentro del contorno azul.
Eres otra y si te besara
—ruptura cristalina, hebra celestial—
no llegaría a lo alto de tu estatua
sin dibujo, presentida de blancor.

Miles han llegado a la ciudad.
Traen sed, hambre, fulgores: un cariño
para ellos y se van
cantando.
Así quisiera, así pasar.

Se ha llenado el aire de viva flor
y mientras pasa y asciende hasta la noche,
glorifico el suburbio de más triste farol
y abro un sesgo
más allá de los inexpugnables habitantes del amor.

VI

Poemas sin identificar

Marina
Hastío
Fue el más largo de todos
Tengo que escribir así
Batalla que yo gano
En compañía del girasol
Todavía escapa
El hombre y su recorrido
Sitio de la sangre
También el hombre es un crucigrama
Juego limpio, corazón
[sin título] Cada cambio ennegrece el espíritu y es mentira
[sin título] Hacia la plaza que luce un fulgor de multitud disuelta
Los ríos
[sin título] Deposita en la escudilla el arroz sagrado. Grano a grano
[sin título] Hasta esa altura que es la suya
[sin título] En estos años posteriores al esquema, más suaves que aquella edad
[sin título] Hacia la plaza que luce un fulgor de multitud disuelta
[sin título] Hacia la plaza que luce el fulgor desusado
[sin título] Allá, en aquel cuaderno, una letra abierta llama
Segundo discurso
[sin título] Caminé, tiempo atrás, entre pescados y crucifijos
[sin título] Ven, sitúa tu beso en mi tetilla izquierda
Los lazos terrenales
Como un hombre en su justa tierra
Naufragio en el mediodía
[sin título] Siento su corazón en Canadá, rodeado de madera y nieve, corazón

Poemas sin identificar, copiados por María Eugenia Sanoja. Copia textual que incluye, a veces, los errores ortotipográficos de los originales. Este grupo de poemas se encontró en una gaveta de las más personales de JSH, en una misma carpeta, pero no parece haber otro orden que el de los poemas sin firmar arrumados en esa gaveta. Junto a esta carpeta había otra carpeta con escritos de amigos, como un poema de Guillermo Sucre, un poema de José Rafael Muñoz, un poema de José Vicente Abreu, otro de Aníbal Naza o “Matías Carrasco”; además de escritos ensayísticos sobre literatura que parecen, algunos, apuntes y trabajos de la Escuela de Letras.

Marina

Lo brillante está del otro lado
luciendo toros en copas de sol
y árboles sin ramas oscilantes
entre aguas de púrpuras y barcos de sal

Los mástiles tocan cielo y ya
es la duda.

Hastío

A puñados salta mi sombra en la silla
cuando soy como cualquiera y gusto de los trucos,
a golpes salgo y digo que tolero maldades
y me quedo serio como si la mano hubiese sangrado.
A pie subo la escalera, y me salen flores
en los gestos, qué amable el señor, y desatase
mi cara en confianza que lucen maquillajes.
Y discuto en voz baja con Schubert y lo popular
bochincha en mí, dejando el sofá extraño y el humo
y yéndome hacia la máquina en una acción extraña
y volviendo y agrando el vaso en loca subsistencia
y dando una vuelta misteriosa y pidiendo a ochenta
la identidad, el secreto empapado en la palabra,

Fui, ya no soy, aquí voy, paren es música
para que muere e trayectoria el disfrute

[Estos dos poemas se encuentran copiados a máquina de escribir en una hoja cortada por la mitad, el primero “Marina” parece el esbozo de los Marinas de *Por vivido*. Me pregunto si el segundo que esté incompleto se elimina]

Fue el más largo de todos

Mar verde y tan quieto no había visto en mi vida,
me dijo, aguas del golfo que se estacionaron para siempre,
detenidas en un momento y un lugar del mundo
sin música, silencio de toda la sonoridad.

Pronto, al amanecer, fui yo el que me restregué los ojos,
una masa somnolienta y envuelta en vapores
daba tumbos y emergía la gran ciudad.
Pasaron dos mañanas más.

Los tiburones saltaban en su fiesta medieval,
que misterios el del mar cuando se da de boca con el río
y el de uno, flotando en una cacarasa,
yendo de la proa al camarote, del camarote al comedor,
trabucándose de desconcierto

Son las orillas que ansié tocar y caer
cuando pasaba las hojas de la geografía. Y ahí están.
Musgosas, rozadas por los fogoneros, aisladas
del cetro de los océanos,
Esas costas que luego fui husmeando durante un día.

Desde el barco, los marineros se lanzaron a las aguas.
Sacaron las cabezas que estaban a punto
de plenitud solar.
Nada puede podrirse en esta frescura.

Nada puede naufragar.

Tengo que escribir así

no te amo beso la cama huelo cada cosa
véte soledad las cuatro era mi hora de café
mi minuto de amor
no me arrojes soledad tumbate al lado de otro
perdóname por esta vez lleva lágrimas a otros ojos
deja mi silla no te sientes cada vez que me siento
no eres la mujer que amo no representas nada para mí
odio tu latido tu insistencia
lo que quiere es carne de mujer
lo que quiero es una mano en mi cuello
no importa si se posa con amor
no importa si está sudada manchada llena de pecado
pero no resisto no aguanto me ahogo
si sigues aquí pegada tal como quisiera
a la puta a la perra a la muchacha del seminario
a la fea que me mira con ojos de asombro
pero sin ganas
ay soledad acompaña a quienes te buscan
no a mí no a mí no a mí
por qué cae el agua del lavabo por qué
no hay persona que la cierre
y me diga te gusta
y encienda la luz y no repita te gusta
y levante las sábanas y vuelva a decir te gusta
por qué no hay por qué no hay
son cinco dedos apenas
cuesta algo eso
cuesta que no lo dejen morir a uno
cuesta besar
cuesta algo palparme este muslo caliente
y lleno de pelos tristes de pequeños puntos rojos
que esperan que desean que se sienten
terriblemente abandonados
soledad qué haces aquí
acompaña mejor a los que abajo juegan dominó
júntate con el hermano del cura que está allá
dándole cerveza a los clientes
tiende tus brazos a quienes ahora ríen
y huye huye de mí
constitución gabriela césar anteojos tubos de pasta recortes
ventana que bate antiguo coche de niño edición popular
huye
si no me quieres ver reventar
y heder

[Estos dos poemas: “Fue el más largo de todos” y “Tengo que escribir así”, pertenecen al mismo grupo: papel y otros caracteres en común]

Batalla que yo gano

A las cuatro morirás

Y ¿por qué? No he cometido ninguna maldad, no me siento enfermo, soy prácticamente libre, no creo por ahora en espantos ni en el más allá.

Te lo digo: a la cuatro morirás.

Imposible. Sé que esto es duermevela, que en giro estoy por caer sobre la red. Sólo el problema. Y entonces, espejo innoble, como conoces que el sueño para mí es un material duro, empiezas a provocarme. Pero será lo último que haré: morir.

Desde luego, será lo último. Y esta imagen tuya no es la primera, la millonésima, la estampa del cero: es el anuncio de una existencia que nada bajo el agua, borbotea, no llega.

Palabras, alimentos para el susto. Yo no muero en esta ola, soy mío; cada pedazo de uña, de amor, de objeto que me pertenezca no morirá sin mi consentimiento.

Pero a las cuatro, ¿entiendes?

He eludido el filo en momentos que parecían finales: en el monte, y silbaba entonces un azulejo; bajo el terror, y andaba aquella vez un poco hediondo; a las puertas de un Hotel en cuya parte central había un 33 en rojo y penetrado por la niebla; también, y muchas veces, en las esquinas ganadas por el tumulto.

Mi consigna es clara: debes morir.

Calma. Supongo que hoy es día verde, que el sol se ha vuelto lunes, que tu ojo derecho cojea. Ahí está el excremento del diablo y pasa al mismo tiempo un sonido tubular, fresco y golpeante, se va con el camión y vuelve con veloces hombres de la madrugada. Dentro crece la ronquera metafísica. Absurdo, absurdo, pero más absurda la muerte que me anuncias.

1, 2, 3, 4

Al número, siniestro espejo, le doy un beso y compruebo que nadie hiere mi existencia. Soy nuevamente mi sueño, en la mañana, luego de beber el agua.

16 de febrero de 1964

En compañía del girasol

La puja de las multitudes abre puertas estelares
A saltos los políticos le dan la espalda al cuartel,
el sol baja anuncios, toca puentes, abre los techos,
y la mañana a pesar de la riqueza tiene soberanía.
En el jadeo de los mercados todos los frutos se ennoblecen,
resiste en su anhelo una deliberación muy triste,
con los pequeños ruidos los animales, en buen alemán:
“El coronel ha muerto”, agarren a los sediciosos,
méntales fuego ó átenlos al rabo del país, en Carnaval.

Un judío, un comunista, tras le ventana, más que azules.

Una pared, un cristiano, en la jefatura, más que puercos.

El mapa de Venezuela, un sello, en el Palacio, brillantes.

Sentado a la francesa, desemejante, un gallo en la azotea.

Kirie, quiquiriquí, las calles son del pueblo, y el humo
es como una bola celestial, como un girasol enfurecido,
como ña maligna que desmonta armaduras de buhoneros
y pieza a pieza reconstruye el trono del protector.
Un gendarme no llora, el pez, la mueca de los astros.

Un candado lleva la gente, una gota de agua, una táctica,
sesenta doblan la esquina, casi cien siguen por el centro,
los vecinos regalan utensilios de variados tipos:
un alicate sin alma, una botella a medio usar, tres ramas
sacadas de un tiesto, cuchillos de plata, clavos,
un libro que en la página quince explica la estrategia.

Allá los enemigos escuchan a través de filtros
y de orejas peludas
en espera del movimiento.

Un hombre de bien baila en el cuarto y mira
media hora, dos horas en el joven, en el desolado
año de la historia.

Todavía escapa

Oprimo olor de sorpresa, lo doblo, lo multiplico por cinco,
se convierte en temblor, (la máquina espacial emite sonidos),
cae en el bolsillo y bate como el mar a la hora del sol
atraviesa la atmósfera que hierve, la paila de los logaritmos
y la manzana caída al universo, desde un cero sin propósito.

Se suspende entre dos senos, titila sobre un ojo del Diablo,
es frágil como un objeto precavido en medio de la aduana del mundo,
resulta glorioso bajo el pensamiento de tres seres, se cierra
ante la evidencia de una separación en este momento absoluta
y viene nuevamente a mí cuando los zapatos están bajo el radio,
son la ventana dando golpes al tiempo, con los cantos corales
invadiendo zonas intermedias, patas de medioevo y pelambre azul.

Probablemente existo en un cuarto probablemente cruel
en una época seguramente sana en un signo probablemente solo,
probablemente soy, probablemente escapo,
la luz estalla como granada de mano, racimos de polvo divino
cubren mi rostro, santificado eres, maldito serás
pero el ahora fustiga con su aguja densa y penetra en el ensayo,
parpadea ante Tucídides y me arrebata la vista, y soy el ciego
ante las notas alemanas, el ciego, probablemente, ante la duda.

Algo presiona desde un punto que no alcanzo a precisar
la lección de metafísica bajo la sombra del guayabo, un lápiz
que se clavó en la costilla quince, hasta la ira, hasta la T,
el día apreciado mientras el bestiario avanza entre columnas
de forzados recuerdos, con apoyo de silencio y vanas banderas.

El instante escapa, una Cárcel Modelo para el alarde físico,
equis numero de cabriolas para complacer la esperanza, me veo,
me arrojó sobre lo externo probablemente mío, me quedo, sufro
parálisis de existencia mientras la operación resuelve en el aire
algo que no es suma, tampoco deducción, resta, peras podridas
por el futuro, núcleos en el fondo del mar, no, es Dios en cuclillas,
y así salto y vuelvo a saludar probablemente a quienes tocan
a la puerta del cielo.

Octubre 1964

El hombre y su recorrido

A menos de dos metros de la tierra se alza el hombre,
se alza su gran sed,
se alzan sus nombres, su dolor y sus hijos,
y debajo del hombre la tierra se ensancha
y más alto que el hombre el árbol crece
y más allá del hombre se extiende un cielo
y el hombre, su triste estatura, solamente desata su bestia
a través del tiempo y hacia las cosas,
solamente,
sin respaldo alguno, deshabitado en sus adentros,
al lado de la luz incierta, de los días inciertos
y de la sombra incierta que lo acompaña en este mundo.

A su espalda está la noche y tal vez
la noche esté también delante de sus ojos. El hombre, pues, atraviesa
algo reducido y misterioso, algo que lo busca y atormenta,
algo que él recorre sin saber por qué, algo que a mí particularmente me asusta,

Yo estoy, desde luego, girando mi cuerpo junto al hombre,
su sed, mi pequeña sed doméstica, es parte de su gran sed;
mi nombre es uno de tantos, mi dolor uno de tantos
y soy hijo de un padre cualquiera, que a la vez es hijo de otro padre.

El hombre y yo, entonces, somos hermanos:
yo siento su corazón en Canadá, rodeado de maderas y de pinos
y abandonada alguna vez en la nieve o en los inmensos ríos
que bajan tormentosos hacia la muerte;
yo conozco su pie en Sur América, un pie de bestia, a la vez triste,
hundido en la arcilla, en las profundas cavidades,
enredados en las lianas, en el color del lagarto y en la furia de la víbora
yo conozco su pie ignoto, bárbaro y triste a la vez,
su pie tatuado con maíz indígena y sepultado quizá
en lo más hondo de la selva y de lo oscuro,
con tres gavilanes en la cabeza, una piedra y el silencio;
yo sé de su hambre en China, en India, en los ríos sagrados y en las montañas
sé de sus ojos raros, de sus fiestas raras, de sus dioses raros
y me parece que hay también algo raro en su hambre:
distancias, sándalo, animales, razas, miedo;
yo recuerdo el antiguo griego y su dyonisos, recuerdo el visigodo,
el lunar.

Sitio de la sangre

El ruido mineral de la angustia
me ubica hacia el sitio germinal de los
cantos
y estremece las terrenas ataduras de mi
cuerpo
en la sangre posesionándose de la piedra
Remolinos salvajes hacia adentro me bifurcan
en ebrios vientos que vigilan
una fiebre de locas manos en los sexos,
de locas manos en la tierra, hundiéndose
regresándome el instinto en sombreadas materias, vibrándome en el parto de soterrados
intentos,
de cálidas
voces sin regreso.
En biológicas presencias, hacia adentro.

II

Yo no soy sino una dura consistencia
de savia que resiste,
de puños que no cambian,
de gestos que no dejan de nombrarse a sí
mismos.
Yo no soy más que eternas convergencias
hacia el fuego
y sacudidos elementos me compactan.
Yo busco y las venas insistentes me abren
el vértigo del mundo,
como sedientos círculos inacabables,
como primitivos espasmos de muslos superpuestos.
Ando en repartidas fuerzas que derriban
sombras y espesas noches taciturnas.
Hacia el llanto que levanta su columna
de adhesiones y combates.
Hacia definitivas cópulas y rebeldes manos
que me aprietan.
Hacia una asombrada pleamar de alientos
que atajan mi naufragio.
Cayendo donde el tiempo me dispersa en átomos
de furia.
Donde las cruces se alejan de los
hombres
y los árboles se nombran regazos paternos
de mis gritos
y revueltas afluencias hacia el alba me contienen.

También el hombre es un crucigrama

Toda mi

inca ica y
paci fica HERRE
DAD

está a flote, y ciertamente muerta, en el mar azul
tirio o troyano

No te asustes, cora za tengo para la ra-
zón

y vuel vo a ser de mi espíritu el músi-
co

lo que me mata
lo que me ata
lo que me ataca

Así su fro-
espiga bro tando

un fósforo en el espacio
en él es

paciente, para tu ejemplo
impaciente
ceniza del al ma
ba tinal,

oh pala- cete interior.
B ra

Ter- mino
co tauro soy
en

luz ardiente, y mi respuesta y mi
ente
es la puesta

de mi SOL -
itaria EDAD

Juego limpio, corazón

Hoy te invito a vivir, corazón mío.

Respiremos esta calle que ha amanecido sin pecado,
demos una vuelta y alcemos una rama semejante a la victoria.

Cierta es la fuga de alguien. Y el sol insiste:
cuanto de nosotros reste, echémoslo al aire como fecundos granos.

Ahora es el triunfo, corazón del que nada ya temo ¡Ahora!

Dáme la mano, aliado en este espacio sin neblinas.
Y es mejor el goce
que la larga y demasiado cruenta guerra del espíritu.

Partamos, que es el tiempo. Pondremos lámparas
para aquellos que no tengan paz o que vivan en motín.

Esto es lo real, y nada más, corazón, puño
con que respiro y palpo en la mañana de acacias y silencio.

Moscas azules intentan asediarte, luciente corazón;
déjalas en hartazgo, que chupen, giren, depositen,
porque este día es el fuego.

Nada de ardid. La línea recta no ha sido escogida de antemano:
es obra archivada, regalo, favor, azar.

Eso, corazón, basta.

[sin título]

Cada cambio ennegrece el espíritu y es mentira
toda tesis que limpie de inmundicia

Esta es la ciudad, los seres que se agitan

Tras la muralla, es un resto o un todo lo que vive;
las máquinas cesan, el proceso se cierra
en tanto los siete hombres, muy arriba, en el edificio,
martillean a una sola mano y construyen a su modo.

Nadie preguntará en este instante por tu salud

¡Qué lástima! Allí, allí están las casas públicas,
abiertas al ultraje.
Y son los libros que aleccionan o las mujeres que aman,
o los peregrinos, o los vendedores de ramas y pájaros.

Las puertas esta vez son tuyas. Oh delicia de entrar;
y la suprema insensatez de acumular odios, de amontonar
basura y miedo
al tiempo que cantamos y olemos manzanas en soledad.

Cada cambio ennegrece el espíritu, oh esclavo
que en este miserable punto de la historia todavía
creces.

Tumbados en el patio, tú como asustada, yo
con la sombra ya en la frente,
somos el rebaño expectante.

Y resuenan nuestros órganos y paso a paso,
agudamente, nos dominan las miradas:

allá, en lo más alto, los siete hombres
atacan con fuego al acero.

[sin título]

Hacia la plaza que luce un fulgor de multitud disuelta,
pero no rectamente como el filósofo engreído, tampoco
montado en máquinas litúrgicas, con orejas lavadas en cielo.

Hacia la costa, que ya es un vuelco del otro lado,
y hacia la roca que estalla en la parte alta de la esfera.
Hacia lugares previamente determinados por el odio.

Hacia el Este de Caracas, matando tulipanes y abriendo el ojo
para leer qué sucedió el 15 de noviembre de 1903.
Hacia la división de la inteligencia y las pasiones
cuando es hora de pasear a los niños y de meditar medio minuto
más de lo que concede la eternidad hambrienta, y de cumplir
con los trabajos ofrecidos, y de ordenar un poco la vida.

Hacia el mar, mar que aman quienes me rodean, que me aterra,
hacia una montaña alargada entre neblinas, hacia ese sitio
por mí preferido, hacia el sol apagado y la quietud.

Hacia la vanidad, sombra apenas del objeto. Hacia la impureza,
rayo deslomado sobre el altar del tiempo. Hacia Río Chico,
para ir pensando en lo sucedido alguna vez, de mañana, en el patio,
bajo las matas de grosellas, sobre los barriles de aros fríos.

Hacia las penas, hacia el paso de la última caravana,
va mi corazón.

Soy un hombre de dos pies y un solo corazón,
criticado corazón en reuniones clandestinas,
corazón golpeado en conversaciones de triste alcohol.
Mis dos pies son más o menos firmes, y si me balancean
hacia la izquierda,
nadie sufre por tal tumbo, ni es materia de discusión.
Mis dos pies son sobras del infinito, pero mi corazón queda
como un alarde, mi hermoso corazón que a muchos interesa
y que de noche en noche acostumbro guardarlo
en el libro, página de emoción, hora del sueño entretejido,
en la mesa de noche,
en la voluntad de hacer para mañana lo que nunca he podido,
en las lágrimas, en el repudio de mí mismo,
en la soledad que jamás, por lo visto, lograré,
en la mesa de noche, en mi mujer.

Hacia mi corazón, para en él escribir la causa de mis males
y sacar, como gran maestro, las consecuencias lógicas.

Los ríos

La lluvia amanece llena de mundo.

La lluvia adviene sobre el mundo, mientras el mundo pasa.

La lluvia cae y en el hombre asciende lo infinito, cielo arriba, como trueno vacío;
tierra abajo, tierra abajo, tierra abajo, como un terrible sueño asediado de luz.

Yo abandono mi cadáver y miro estas cosas que me rodean,
miro, miro, miro,
y qué inmenso y qué triste resultar mirar así:
un herido muere definitivamente,
la casa está muy lejos,
maría llora junto a una sombra de san benito,
el gallo, las puertas, la montaña, los enfermos pálidos,
los ríos...

Los ríos llegan a puerto,
vienen cargados de dioses, bestias, minerales, gritos,
traen un océano, dos océanos, tres océanos, traen la tierra,
oh ríos sobrevivientes, tiernos y bárbaros, mitad del dolor del hijo,
mitad del dolor del padre, mitad y mitad del hombre unidas
como párpados opuestos... Los ríos abandonan la ciudad,
se han llevado mi nombre, se han llevado mi ropa, mi pequeña novia,
los ríos se van, ¿a quién habrán olvidado?
Todos los acompañan,
jesuscrito al lado de la yerba, manzana al lado de venado,
junto al zapato el dueño, junto al amor la madre,
el amigo con el enemigo, con los ángeles el diablo,
del brazo conmigo
brazo a brazo los ahogados recientes,
brazo a brazo conmigo la flor y los adioses.
Los ríos no olvidan... ¿El orinoco pasa, pero desemboca el orinoco?
¿Nace el orinoco?
Diez parimas se necesitarían, cien piedras de fuego,
para hacer crecer la vida, allá en el amazonas,
cubierto con su antigüedad ocre, con su nombre caimán
con su paso de lagarto americano,
el pie,
el abdomen,
la frente,
el indio de muerte entera camina;
y con su paso doble, oscuro, resonado hacia adentro,
los dedos,
el corazón,
los cabellos,
el engro a cuestras del dolro del negro camina y camina,

y con paso triple, con paso de hombre,
cien razas cruzan, sien aurguras, cien odios,
el pir y los dedos,
el abdomen y el corazón,
la frente y los caballos,
el mestizo a bordo de los ríos olvida su camino.
dónde llegan los ríos, en fin? Vienen saltando con sus plumas salvajes
cadáveres dentro de los ríos, en los ríos, con la fuerza de los ríos
el agua se multiplica, se hace hombre y como un hombre corre,
de repente al pueblo viene y con el pueblo se va,
de repente a las aves vine y con las aves se va,
se van,
se van,
se van los ríos.

[Copia textual con errores]

[sin título]

Deposita en la escudilla el arroz sagrado. Grano a grano se irá consumiendo, dejará de ser esmeralda y trueno, arderá en las horas impares, a las tres sembrará naranja persa, a las cinco convertirá sus bordes amarillos, a las siete sólo humo, a las nueve intercambio de abrazos y de luces mínimas, a las once víspera de amar (y si cediera al paso de neblinas), de fiesta (y de resultar culpable), de odio distraído.

Su dedo índice nunca fue tan irreverente. Es la punta del deber, lo más sucio de cada ángel, una sala principal que conduce al sol teñido, aquí, allá, por todas partes una lástima.

Cuando la dulzura del mundo tiene que empozarse, este dedo señala el sitio con malicia, pone signos redondos.

Cuando el agua desciende como el cadáver a la tumba, normalmente fría, en rigor muerta, hace una cruz en el aire.

Cuando alguien besa, cuando el trompo gira en torno de ese clavo central

que antes sirvió de apoyo al retrato venerable de Monseñor, que siglos atrás rompió la madera de los llanos orientales, y sangró

y lanzó al pasmo la retórica del obispo;

cuando el ministro traza líneas como un mercader

y el liquidador de rentas traza líneas 222 millones en petróleo y materias grasas;

cuando el preservativo se usa, en fin, cuando llueve y hay sol, este es el dedo que indica, magnífica, realiza garabatos, por más que el cielo, por más que amanezca en los rincones del país.

[sin título]

Hasta esa altura que es la suya
alzaré mi ofrenda, estimada por los dioses,
para tranquilizar mi ciudad y cimentar la paz.
Pálidos jinetes, movimiento del abrir y el cerrarse,
ya está avanzado el ciclo de las estrellas, curso
del navío hacia la manifiesta voluntad del juego.

Brindo por el destacamento, más fuerte guarnición
ni en Palestina. Alimento ese placer de examinar a la mujer,
perpetuo pasto del entendimiento tirado por caballos
realmente diestro en la caricia. Feliz profusión
en este día en esto más unido a la victoria.
Arquitecto, sacerdote, siervo, transcurrido hombre,
la décima parte del ser es indescifrable. Más allá
nombres de bares y comercio de esclavos, todo lívido
como cosa vendida y poseída, aunque veneno de América,
vello de la pierna mayor a quien oprime, ley metida
para escarnecer al tonto. Abajo talón derecho untado
de grasa como el emplasto del demonio en su escondrijo.

[sin título]

En estos años posteriores al esquema, más suaves que aquella edad en que padecimos el primer vuelo y fuimos desalojados hábilmente; estos años cuyo examen torpe languidece el cielo, estos días en que se escribe la historia son halago, al filo de una emoción ya muerta, los exrevolucionarios y doctos magistrales doctrinarios: Estos años de arranque hacia lo relativamente libre (el amor y la política entre otras cosas) o hacía el interés de las masas en acción tienen a mis ojos un mayor deleite, un hechizo de cualquier modo extraño: como rama crepitante soy, hoja sin tregua en una llama azul.

Ah, estos libros en desorden, estos abandonos, estos asedios y la tierra donde no arraigo y las sucesivas ediciones de periódicos, van ofuscando mi tibieza e inventando a mi paso movimientos sólidos, van modificando el trato hasta ayer nocivo y sin contorno de libertad.

Estos momentos en que tomo vino en botellas transparentes, en que converso hasta horas de medianoche sin importarme el ruego y los disparos; estos momentos en que morado pampa olímpico fiesta finanzas deseos se suman a mi hermosa reclusión individual y me avientan y me libran de pecado, prejuicios, realidades infinitamente inferiores al amor.

Estos tiempos, parte del proceso de la sociedad en ebullición, tienen para mí, no obstante, un carácter privado, una anarquía gloriosa que me ha dominado el corazón y está a punto de salvarme para siempre.

[sin título]

Hacia la plaza que luce un fulgor de multitud disuelta,
pero no rectamente como el filósofo engreído, tampoco
montado en máquinas litúrgicas, con orejas lavadas en cielo.

Hacia la costa, que ya es un vuelco del otro lado
y hacia la roca que estalla en la parte alta de la esfera.
Hacia lugares previamente determinados por el odio.

Hacia el Este de Caracas, matando tulipanes y abriendo el ojo
para leer qué sucedió el 15 de noviembre de 1903.
Hacia la división de la inteligencia y las pasiones
cuando es hora de pasear los niños y de meditar medio minuto
más de lo que concede la eternidad hambrienta, y de cumplir
con los trabajos ofrecidos, y de ordenar un poco la vida.

Hacia el mar, mar que aman quienes me rodean, que me aterra,
hacia una montaña alargada entre neblinas, hacia ese sitio
por mí preferido, hacia el sol apagado y la quietud.

Hacia la vanidad, sombra apenas del objeto. Hacia la impureza,
rayo deslomado sobre el altar del tiempo. Hacia Río Chico,
para ir pensando en lo sucedido alguna vez, de mañana, en el patio,
bajo las matas de grosellas, sobre los barriles de aros fríos.

Hacia las penas, hacia el paso de la última caravana,
va mi corazón.

Soy un hombre de dos pies y un solo corazón,
criticado corazón en reuniones clandestinas,
corazón golpeado en conversaciones de triste alcohol.
Mis dos pies son más o menos firmes, y si me balancean
hacia la izquierda,
nadie sufre por tal tumbo, ni es materia de discusión.
Mis dos pies son sobras del infinito, pero mi corazón queda
como un alarde, mi hermoso corazón que a muchos interesa
y que de noche en noche acostumbro guardarlo
en el libro, página de emoción, hora del sueño entretejido,
en la mesa de noche,
en la voluntad de hacer para mañana lo que nunca he podido,
en las lágrimas, en el repudio de mí mismo,
en la soledad que jamás, por lo visto lograré,
en la mesa de noche, en mi mujer.

Hacia mi corazón, para en él escribir la causa de mis males
y sacar, como gran maestro, las consecuencias lógicas.

[sin título]

Hacia la plaza que luce el fulgor desusado,
pero no rectamente como el filósofo engreído, ni tampoco en
en máquinas litúrgicas

Hacia la costa, que es ya una batida del otro lado,
y hacia la roca que estalla en la parte alta de la esfera:
hacia varios lugares previamente determinados por mi mano.

Soy un hombre de dos pies y un solo corazón,
criticado corazón en reuniones clandestinas
golpeado corazón en conversaciones de lujoso alcohol.
Mis dos pies son más o menos firmes y si me balancean hacia la
izquierda,
nadie sufre por tal tumbo, ni hay metafísica que los nombre.
Mis dos pies son sobras del tiempo, y aquí queda mi corazón
como un alarde, mi hermoso corazón que a todos interesa
y que de noche en noche acostumbro guardarlo en los profundos
bosques.

De él podría hablar en un capítulo donde escribiría las causas
de mil males
y las consecuencias lógicas.

[Segunda o primera versión]

[sin título]

Allá, en aquel cuaderno, una letra abierta llama
a todo acto de vida necesidades y pide, desde luego, valor
y no lo usa, elude la firma o el nombre o la identificación
en un mundo en que los muertos dejan huella de que existieron.

Allá, en aquel cuaderno, dentro del mudo mapa del país
a letra se abre y cierra, a tumbos camina como mujer
a la que se convence en el cuarto casi oscuro,
una letra más sonora que el tambor, más cruel,
llama estupideces a la duda y la decisión repentina,
una letra sin freno, una letra que conspira contra el amor.

Allá, en aquel cuaderno.

Segundo discurso

Toda idea –expuso con gran magia de redactor– es el resultado de una acción colectiva. Cayó en ese momento el primer cuchillazo.

Y acampa en el solar dorado. Puede ser o no ser la valentía de aquellos que la agitan, es parte de su triunfo. Fue, entonces, el segundo.

Para morir, no hace falta que esté allí. A la sepultura se va de mil maneras. La idea no es sarcófago. Lo que sonó ahora fue disparo.

Florece entre ratas, bajo los puentes, en la oficina de los periódicos. Sudamos por su elástico zumbido. Cuarta entrada de la luna.

Ascienda o baje, su talla criminal, su latigazo y sus inflamados puntos de enfermedad siempre parecen destello. Puesta de sol, ahí.

No me refiero a la certeza –continuó el hombre, ya pasmado–, porque aun dando vueltas al mundo, ella vive sin piedad. Relámpago.

Sin piedad, sin amor, sin solidez.

No tiene definición.

Es.

Podría.

Mata.

Absuelve.

Toda idea pertenece a la historia, y somos la sombra, padecemos presagios, pateamos la tierra en busca de Dios. Se levanta la luz.

El relator creyó entonces haberse acostado con la verdad.

Pero.

Aunque.

No seas bobo.

Camaleón del pensamiento.

Ilustre por una noche.

Y.

Número 734 en día lunes, tú también llegarías a Ídolo.

Ser hombre es una casualidad. Si la hormiga pasa, pasa. Existe.

Sin embargo,

gracias a la idea –fin de discurso– adquirimos noción.

Tres se cruzó con malva, y en nuestros ojos hay brillo.

[Este poema fue escrito en una hoja con membrete de la UCV, Facultad de Humanidades y Educación, Centro de Estudios Literarios]

[sin título]

Caminé, tiempo atrás, entre pescados y crucifijos,
conocí en el puerto una bocanada de sal, un ron nuevo,
tragué en actos seguidos y sudé empujado por multitudes
gimiendo por dentro y goteando limón por las agallas,
seguí y retrocedí, todo era desconocido,
con furia fui comprando en los mercados
y observando las fechas en un muro (viejo, se supone)
mientras cabeceaba
al paso de los pájaros, al cambio de los cielos.

Jamás pude hablar de una ola levantada, pero allí
estaba el mar.

Y por primera vez.

Y no sentía asombro como ante el puente de acero,
como ante los filmes de las once de la mañana

Ahora ese mar me castiga, saca espuma del odio,
desde sus paredes corroídas por la larga tarea de vivir
llegan cartas a mi oficina, suben noticias por mis hombros,
recados, navajas al corazón.

En letra firme informan, analizan, exigen cuenta.
Vienen de aquel mar
sin sonido, arrodillado ante las estructuras
como en plegaria, como en desafío, como en reflejo de lo hueco.

Comprendo en la valentía
de quien rompe con todo,
sella el pasado, gesticula en plena calle.

[sin título]

Ven, sitúa tu beso en mi tetilla izquierda.
Vuela, dulce pensamiento. Olas del Mar Negro,
brillante carne de ojo para mirar el eclipse
y la espada de luz que siempre indica dónde y cómo
los habitantes defienden su existencia.

Acaricia mi barba, sosiégame, animal sereno.
En este instante cruzan almadías por los ríos
y allá, en el cruce de ambos ríos, el buque carguero
más grande del mundo. Guiños somnolientos; paz.
Y se desliza el agua antes de caer.

Desde arriba, las islas son pequeñas costas
del universo; y los caminos conducen a puerto
o a embarcaderos de plátanos y playas de tortugas.
En esa arena, en el polen oliente de antaño, los
huevos preparan su sorpresa, brote que en lo tibio
sucede largamente mientras en otra orilla muere
o el pez o el mismo sol anaranjado

Los lazos terrenales

“Yo vivía en un pueblo...”

A través del cielo mis ojos van al agua
y del agua, al trueno que pasa hacia los inmensos árboles del Sur,
y del trueno, a los siete sonidos de Canaima
conjurando la luz a la hora del maíz,
cuando los niños aúllan al pie de los cruentos ventarrones
y se olvidan entre luciérnagas y para siempre
del susto de la madre, en la ventana, con un cristo.
A través del día mi dolor crece cuerpo arriba,
sale afuera, con mi nombre, con mi piel, con mi pasado,
sale más allá, hacia los grandes vientos que cruzan por las calles
y llega al trueno voz-de-Dios,
al trueno guayana de los hombres,
y del trueno desciende, de azul en sonido, de sonido en luz,
de luz en tierra,
y bendice a mis padres y al pueblo congregado
y se va, se va con gran voz,
a, en la soledad, al campesino de Río Hondo.
A través de mi alma la tristeza se agiganta
y va haciéndose un hombre, y el hombre comienza a caminar
y, al fin, parte con el trueno, y alguien en mí pregunta,
alguien en mí solloza, alguien muere.

Entonces retrocedo en el relámpago,
y mi amor se llena y sigo, como el trueno, sobre mí,
sigo hasta ser Jesús, Jesús sin apellido, sin cosa alguna,
y todavía sigo y advengo, glorioso, al hombre,
mientras el sábado golpea terriblemente en mi corazón,
mientras las cañas bravas rugen y junio se desangra,
mientras los perros recobran el ladrido
y los habitantes callan
y las casas callan
y hacia adentro, como yo, el mundo calla.

“Y allí conocí la piedra...”

La piedra es algo vivo entre mis manos,
es algo que me pertenece, pero que me habla desde el hombre,
señalándome el camino, la salud, el nuevo mundo.

Cuando abandono la piedra,
cuando digo adiós a la piedra y parto,

qué sólo transito por la tierra, qué solo, ¡Dios del alma!

Es como si contemplara desde lo más triste que hay en mí,
desde un recuerdo extraño, desde aquel domingo de invierno
en que nos mirábamos quietamente mi perro y yo.

Cuando dejo la piedra y me desato,
no sé porqué ha de existir la palabra vida,
no sé porqué alrededor está la vida,
no sé porqué he de atarme inevitablemente a ella.

“Y las cadenas y el espacio...”

Estoy en mí de cuerpo entero,
como un cadáver reciente dentro de la muerte.

Estoy en el mundo, siniestramente adherido al mundo,
y canto por los hombres que ahora están a mi lado
y por los que mañana nacerán. Canto felizmente,
canto en estos días de pascuas, porque conozco a todos:

[Este poema está mecanografiado en un papel muy viejo. Tal vez sea de sus primeros poemas]

Como un hombre en su justa tierra

Que me busquen en el cielo, que me busquen.

La risa me traerá la garganta hasta el aire,
el corazón se me irá ahorcando en aguas lentas
y de abejas y de abismos llenando se me irá el cuerpo.

Que me busquen.

Ah las vírgenes así de tan muertas, llegando casi a nuestro suelo,
ah los ángeles desollados, ah Nuestro Señor ofendido.

Los que me miraron, corriendo tras los ojos,
los que me sentenciaron a vivir entre azules diluidos,
los que me trajeron aquel gris caballo, salido de los pozos,
para que persiguiera al ladrón de los relámpagos
y al mendigo que corrompió a las doncellas,
los que pusieron los dedos en cruz para ahuyentar a Cristo,
los que me acusaron de haberme muerto acompañado
como si ya hubiese nacido para vivir solo en esta tierra,
ah, éstos, no son culpables, verdaderamente,

Los estoy viendo huir de sus cielos.

He pasado por un sin fin de noches
y por la mañana simple he pasado, alguna vez;
he cabalgado por el borde de los fríos,
por el morado de los polos y por las iglesias;
con ancianas he cenado y dormido con niñas color jueves;
he secuestrado monjas a orillas de los lirios muertos
y me he sentado plácidamente en el río del suicidio
mientras un terremoto de larvas sacudía el universo.

Ahora he llegado a mi justa tierra,
aunque a nadie se lo haya dicho.

Todos los hastíos desprendidos de las frutas,
todos los hombres asomados por un filo de sed,
todos esos días huérfanos de noche,
todos los cuentos de hadas bajando por la espuma
y todas sus princesas de blanda palidez
y todos sus castillos agonizando en la noche mil,
todas las lágrimas de todos los ciegos,
todas las cigarras invadidas de verano,
todos, francamente todos, sin olvidar a nadie,
han subido por la estación inmensa de mi sangre
cuando iba camino justo de la justa tierra.

Las mesas abiertas al hambre de los insectos

sufriendo su soledad de líneas y de polvo,
invitando a la furia de los ratones, al sueño de las sillas
mientras los arzobispos examinaban el suicidio de las corolas;
los cuartos donde pelearon vasos de noche y cansancios,
donde las mujeres robaron espejos al océano
para mirarse los rostros de cielo asesinado;
las manos, como solas en el estruendo del espacio,
como rendidas y saliéndose de los cuerpos,
como árboles sin tierra, como desiertos creciendo hacia el sol;
y, abatido cementerio de pájaros, apagada luz hasta la raíz,
viento estrangulado de zamuros, sed de pozos y de lechuzas,
la noche, las noches, sepultando el cadáver de la tarde
en la fosa común de las doce y su agonía;
y las rosas, y las espinas, vigilando el corazón de la mañana
enarbolando su aquí estamos de aromas amarillas
para que nadie se enterase de las batallas últimas del polen;
y los animales, y sus sabanas, y sus selvas, y su mundo todo,
coronando de estrépitos a los cascos, clavando a cristos de silencio,
persiguiendo con gargantas a los pájaros;
y los truenos empujando su escándalo desde el vientre,
golpeando la atmósfera, llegándose hasta los fetos
y bajando a la lluvia con el látigo en la mano;
y los adolescentes blandiendo sangres
como ríos que se ahogasen de lunas
y mirasen distraídamente a los cuerpos abandonados en el camino;

[Este poema se halló así, incompleto. También me parece de sus primeros poemas]

Nafragio en el mediodía

Yo nací un día de tristeza general.

Había muerto lo azul y lo agudo, y mi pueblo, su campanario enfermo y sus pájaros salvajemente lívidos, sollozaron en las esquinas.

Ni siquiera un hombre por las calles, ni siquiera un duéleme. Solo, en el calor, un reloj, y, en la tarde, un escorpión consumiendo una vertical de silencio. Todo olía a ámbar y rapidez.

Algunos pasos fuera. Del zinc sangraba un corazón de dios hospitalizado. Sin encontrar luz o miseria todavía, eran mis ojos como de futuro junio. Aun girasol y calendario, océano y ruina, no atravesaban mi comarca virginal.

Ahora comienzo a buscar mis manos y no las encuentro. Intento medir mi distancia de resurrección y no lo logro. Sufro por descubrir un ser hermano y no lo hallo. Arriba contra el techo, dos inmensas pupilas. Pueden ser las de mi padre. Tal vez las de mi enigma.

La sensación de vida es algo terrible. Todo asombra. Hay capitanes y madrèporas en los mares, penumbras y habitantes en la ciudad, sueños en los lechos, y sobre todo hay en la tierra el llanto de la madre. No hay razón para vivir separado de la hormiga o del rayo.

Los árboles quieren conocerme. Casi se mueven mas un vendaval a treinta cardinales a la redonda los destierra. Es por eso que existen países extraños y hombres que nos duelen.

Desde hoy seré como una rosa de los vientos. Una hoja que se desprenda me llegará hasta lo más profundo del oído, un gato que huya por un aire sin sonido, por una arteria de neblina, por un plano opaco, me herirá la sangre con su huella repentina, con su sombra de relámpago, un niño abandonado a cien leguas, un niño agotado que apenas se oiga él mismo, vendrá a mí, sin una lágrima más, sin un auxilio menos.

Otros pasos fuera. Acaso sea mi propio espectro en busca del mundo. Acaso el hombre que asesinaré a los veinte años. Acaso la mujer que me negará un hijo. Acaso una simple madre ciudadana.

Creo que el agua, la lluvia, es lo más tremendamente triste que pueda existir. La amo. A su adhesión, a su inconsistencia, al asalto de soledad incógnita que abre en mí.

El cuarto tiene un color demasiado hondo, un clima excesivamente blanco. Ya eso es mirarse uno en el suicidio, precipitarse sobre una piel húmeda, caer en algo ausente, viernes tibetano.

Las formas son mi culpa. Me asedia la pared, el mes que se agiganta, los lóbulos. No hay palabra posible cuando se resucita, ni cono, ni el tú amas, ni antigüedad. Hay vértebras abandonadas en un campo de batalla.

La enfermedad limita con mi rostro. Diez sífilis, abortos cruentos, lo después de ciertas guerras. Tengo faz de brahmán, de anciano ciego falleciendo

en una clínica cualquiera. Un huracán se agita en el patio: ¡Dios, ir cayendo

de ojos en el patio!

Yo sufro, lloro, imploro una jornada de cruz y cristo. Quiero custodiarme de dos ladrones y hundirme después hacia una inmensidad de corales y confundirme con figuras que me recuerden.

Me viene una sed de no sé cuánto tiempo. Pido algo que me aplaque, y la voz de mi madre crece, entonces.

Debajo –la palabra hermano es extremadamente insoportable– hay caídas de larvas, de ecos viscosos, de algas degolladas. Objetos y nieblas y besos decisivos, velas y cilicios, lirios agitándose entre serpientes y verano, corazón, semillas verdes y destrucción, aparecen apuntando sobre mis ojos.

Quizás esté recorriendo mi tercer día. Supongamos que el cuarto sea la cópula, en el quinto, el sueño, y en el sexto, la verdadera resurrección.

Entonces, en el séptimo completaré mi sufrimiento semanal, y habrá esto: o el misterio o cuatro agujas cruzadas en la sombra o un latido a orillas de un océano de sangre.

Yo nací donde debía nacer. Han muerto desde mi primera hora muchos hombres. Yo también moriré: o golpeado por una sístole de infinita hambre o ahogado en una inundación de tristeza con mayúscula.

Y el día de la ascensión es el día de la tristeza general.

[Este poema también me parece de su juventud o primeros poemas y está escrito en un papel muy viejo]

[sin título]

[...]

3

Siento su corazón en Canadá, rodeado de madera y nieve, corazón fresco,
oh corazón de extraño nombre, como el río turbulento, como el otoño
que cruza tormentoso hacia los hogares del sur, como el trigo bravo,
¡oh corazón de las praderas inauditas, símbolo de vida, alba de la vida!
Sé de su hambre en China, en Siam, en India, en islas muy remotas,
sé que esa hambre es dura, impenetrable, que no tiene comienzo
pero que tendrá fin;
sé que debemos tenderle la mano para hacerla surgir desde el abismo,
y así lo hago en verdad, hoy doy mi palabra de hacerlo,
vendrán otros días y entonces daré mi traje
y mis amistades y mi canto, y si todavía corre el tiempo,
y si todavía no surge, si aún permanece y clama,
creeré en Dios para rogarle a Dios
por el hambre dura e impenetrable
de China, de Siam, de India y de las islas muy remotas,
y después de eso, ¡cómo voy a adivinarlo!, podría ser que me sintiera
triste, terriblemente triste,
contemplando en los textos, en las geografías, en mi alma,
grandes ríos sagrados de la China, ritos ocultos de Siam,
altas montañas de la India,
contemplando
cómo desaparecen la gran raza ignota y las fiestas nocturnas del arroz.
Yo conozco su pie anclado en Sur América, un pie bárbaro pero mustio,
hundido en las arcillas verdes, en las oscuras cavidades,
y avanzando, una hora en el día, hacia las orillas de los deltas,
y avanzando, una hora en la noche, hacia lo más hondo de la selva,
y avanzando, las horas del día y las horas de la noche,
hacia una luz desconocida. Yo conozco ese pie, mi pie derecho
y mi pie izquierdo, y lo defiendo.
Oigo su voz desde un rincón del mundo, oigo la voz
inmensa de una tierra llamada Rusia, y amo esa voz que no sólo es mía,
sino que pertenece a todos, porque no es voz propiamente, es aullido,
es trueno a la vez semilla, es tormenta que penetra en lugares prohibidos,
llenando de amor el hogar de Juan, colmando de rabia el hogar de Pedro,
uniendo a Juan y Pedro con los juanes y los pedros
que sufren y claman en cada choza, en cada suburbio,
en cada pedazo de tierra miserable. Oigo esa voz, que es mi voz,
y reclamo a todos que la oigan.

(Yo espero llegar alguna vez.

Mientras tanto, estoy junto al hombre
y estoy lejos del hombre)

Noviembre 28, 1950

[La hoja de este poema tiene en el centro al inicio el número 3, como de
paginación. No parece incompleto sino perteneciente a un conjunto de hojas
extraviado; pero, también, pudiera ser la tercera parte o la tercera página de un
largo poema de juventud]